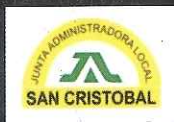


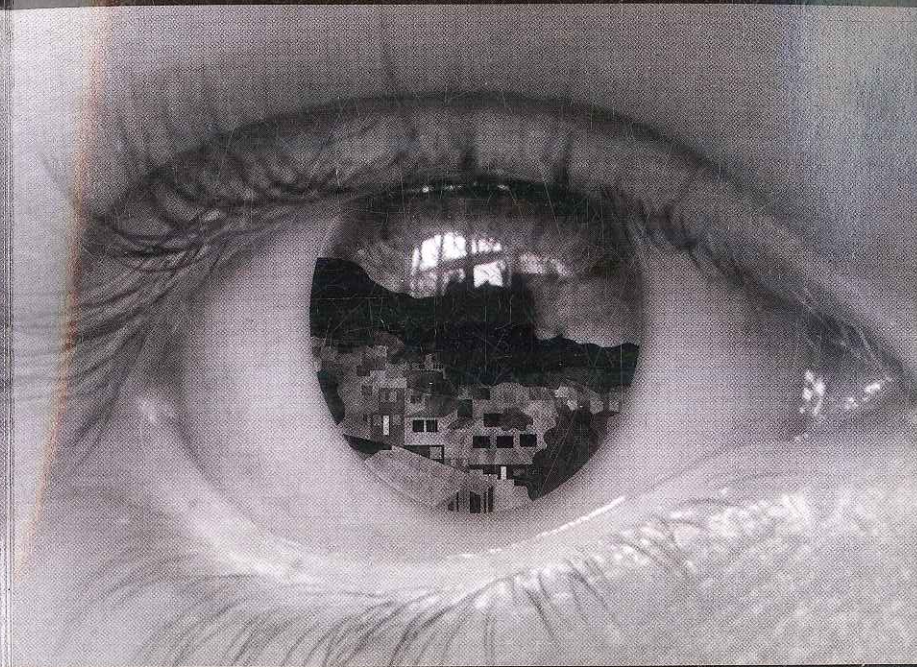
La Bogotá Humana puso al ser humano como el centro de la política pública con el fin de iniciar el largo camino para trascender la exclusión, la segregación, la falta de oportunidades, la depredación constante contra el medio ambiente, la desconfianza entre vecinos y las enormes brechas en salud y educación. Por supuesto que estos mismos desvelos y propósitos los recogimos y plasmamos, a nivel local, en nuestro Plan de Desarrollo denominado San Cristóbal, una localidad Transformadora, Participativa y Humana.

Es en el marco de esta política pública donde se gesta y se ejecuta este proyecto: INICIATIVAS CULTURALES, con el objeto de desarrollar un proceso de participación que involucrara a las organizaciones artísticas, culturales y artistas en general de la localidad de San Cristóbal a través de cuatro componente que contribuyeran desde lo cultural, al beneficio a la población en general del territorio. Iniciativas culturales que contemplaron modalidades de estímulo tales como: Beca de Creación en Artes Urbanas; Beca de Creación en Artes Escénicas; Premio Concurso Composición Musical y Premio Concurso Literario Un relato de memoria histórica de San Cristóbal que estuvo dirigido a escritores profesionales o empíricos en concebir y realizar desde el género de la crónica, un relato que aportara a la memoria histórica y el patrimonio tangible e intangible de la localidad de San Cristóbal.

San Cristóbal, una localidad Transformadora, Participativa y Humana.



CRÓNICAS DE MEMORIA HISTÓRICA DE SAN CRISTÓBAL



Convenio 134

Fondo de Desarrollo Local de San Cristóbal
Asociación de Artes Escénicas Kábalá Teatro



BOGOTÁ
HUMANANA

**CRÓNICAS DE MEMORIA HISTÓRICA
DE SAN CRISTÓBAL**

Antología del Concurso Literario *Crónica De
Memoria Histórica De San Cristóbal*,
localidad 4 de Bogotá, D.C.

En el marco del Proyecto:
Iniciativas Culturales

Convenio de Asociación 134 de 2014
Alcaldía Local de San Cristóbal-
Asociación de Artes Escénicas Kábala Teatro

Alcalde Mayor de Bogotá

Gustavo Petro Urrego

Alcalde Local de San Cristóbal

Jairo León Vargas

Supervisor del Convenio

Richard Vargas

Prensa y Divulgación

Nicolás León

Gestor Local SDCRD

Olger Forero

Representante Legal

Asociación Kábala Teatro: Camilo Ramírez Hache

Coordinadora de Logística: Angee Paola Cardozo

Asesor: William Fortich Palencia

Carátula: Alberto Yaruro

Diagramación: Ofegraphic

Fotografías: Alan Fernando Solano y Camilo Ramírez

Editado por: Zutana Ediciones

© De esta edición: Fondo de Desarrollo Local de San Cristóbal

© Autores: Fabio Ramírez, Fredy Ayala, Paula Casas, Nicolás Camacho, José Andrés Piñeros, Pedro Francisco Bernal, Edwin Suarez, Hugo Fernando Rodríguez, Kevins Castillo y Alison Carranza

ISBN: 978-958-98381-6-7

Impreso en Colombia

Distribución Gratuita

ÍNDICE

	Página
Introducción	9
Perfil de los Jurados	11
En Santa Rosa Se Desgaja Un Aguacero	13
Fabio Ramírez	
Crónica Del Pregonero	27
Fredy Ayala	
Asómese A Ver Si La Ventana Está Abierta	35
Paula Casas	
Qué Putería Vivir Acá	43
Nicolás Esteban Camacho Romero	
Soñando Entre Nubes	53
José Andrés Piñeros	
Eran Once	59
Pedro Francisco Bernal	
Una Plaza Llena De Historias	69
Edwin Suarez	
Los Carros Esferados	75
Hugo Fernando Rodríguez	
Cielo Roto Historia del Barrió La Belleza	83
Kevins Castillo Tenorio	
Villa Javier, Pueblo De Dios	95
Alison Carranza Quintero	

INTRODUCCIÓN

La memoria es la constatación cotidiana de que estamos vivos, y de muchas maneras recordar ese proceso del cual provenimos sirve para transformar el ámbito donde nos movemos, pero sobre todo donde nos organizamos como colectivo, como sociedad productiva.

Por eso, para Kábala Teatro, que justamente este año está cumpliendo ¡25 años por la vida del Arte!, el recordar, revivir, rememorar nuestro proceso, que indudablemente está ligado al Movimiento Cultural de Bogotá y del país, es tan importante, pues nos permite aprender, redimensionar y dimensionar el futuro, incluso si estuviéramos seguros de no tenerlo, igual lo haríamos, pues reflexionar sin mirar al pasado es imposible.

He ahí la importancia que adquirió para nosotros el Convenio 134 de 2014 con el Fondo de Desarrollo Local de San Cristóbal denominado "Iniciativas Culturales" del Plan de Desarrollo *San Cristóbal, una localidad Transformadora, Participativa y Humana* y de entre sus cuatro componentes el Concurso de Crónicas nos retaba más que ninguno, porque nos daba otra vez la oportunidad de coadyuvar en activar la memoria de una localidad bogotana, tal como lo hicieramos en su momento con otros territorios de la capital de Colombia y como en aquellas esta también tiene un pasado fragmentado, tanto por lo generacional como por las diferencias de estratos y porque todavía sus habitantes hablan con cierto dejo de la "zona de abajo" o de "la zona de arriba", entre otras profundas líneas de estratificación que como fronteras invisibles se han ido

construyendo al mismo ritmo que se erigieron los barrios y según el modelo en que se fueron haciendo: por invasión, por loteos de las haciendas, por autoconstrucción, por mutualidad, por las urbanizadoras financistas, etc., la nueva comunidad tomaba sus propias características y buscaba darle soluciones a sus muchos problemas, nada soslayables si tenemos en cuenta que es una ciudad que ha crecido sin planeación, bajo muchos intereses políticos, malos manejos administrativos y la depredación creciente del medio ambiente, lo que ha traído graves consecuencias y enormes perjuicios para la mayoría de quienes la habitamos.

Por eso, porque la Bogotá Humana ha propuesto mirar a la ciudad y a cada uno y cada una de sus habitantes como el centro del accionar del gobernante, y junto a ello se vislumbra el inicio —siempre tortuoso— de la firma de tratados de paz para parar la guerra en la que hemos vivido, es cuando más se requiere de hacer memoria, de mirar no hacia atrás, sino desde el proceso histórico para reconocernos como ciudadanía activa que construye Nación cada día, y esta área de la escritura que es la crónica nos resulta de vital importancia para lograr la reconciliación en este país destrozado por tantos sufrimientos.

Sólo nos resta decir que gracias a la generosidad de los participantes y de los jurados, y por la confianza del alcalde Local, doctor Jairo León Vargas y de su equipo de trabajo, este libro ha sido posible.

¡Entonces a leer!

William Fortich Palencia
Director de Kábala Teatro

PERFIL DE LOS JURADOS

María Isabel García Mayorca

Periodista, Poeta y Narradora. Egresada de la Universidad de La Habana (1971-1974) como periodista, igualmente realizó Cursos de Superación para Maestros, Regional de Educación Plazas La Habana, Cuba entre 1972 y 1975. Experiencia de más de 30 años como maestra de Literatura, dictando Talleres de liberación creativa, con resultados halagadores en el proceso enseñanza-aprendizaje. Artículos Periódísticos y poemas suyos han sido publicados en revistas y periódicos nacionales e internacionales. Como creadora ha sido finalista en el Concurso de Poesía Museo Rayo, Roldadillo, 2000 y fue Ganadora del Concurso Nacional Contrababel “La Poesía en los Oficios”, de la Casa de Poesía Silva en 2007.

A la fecha ha publicado: Todo Abril y lo que va de Mayo; Abril en los Espejos; Instantáneas; Los Cuentos de la Prima María, y Poemas de Sol y Vuelo.

Diana Marcela Trujillo Rodríguez

Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Interesada en explorar las múltiples posibilidades ligadas a los procesos de lectura y escritura. Experiencia en proyectos con enfoque poblacional y territorial, en producción editorial, en formación e investigación en el campo de la literatura y las políticas culturales. Ha sido editora de revistas y directora de talleres

de creación literaria. Dentro de las publicaciones coordinadas se destacan *Leyendo nuestros territorios: crónicas infantiles, realidades y ficciones, ¿Te cuento un cuento?, Poetizando el mundo: múltiples encuentros y ¿A qué saben las palabras?*

Andrés Mauricio Escobar Herrera

Historiador egresado de la Universidad Nacional de Colombia. Realizó 8 semestres en la Pontificia Universidad Javeriana Carrera de Literatura. Miembro del grupo de investigación IESHFAZ (Universidad Santo Tomás), categoría C de Colciencias.

Como Investigador ha hecho parte de Proyecto tales como: Hospitales militares en las guerras de Independencia, 1790-1830; Archivo del Hospital San Juan de Dios: Instrumentos y laboratorios, 1868-1968; Programa de Apoyo al Desarrollo de Archivos Iberoamericanos -ADAI; Una aproximación histórica a los saberes y las prácticas sobre la transexualidad en Colombia, realizados con el apoyo de Colciencias. Es coautor de libros tales como: *Plan de Dieta Alimentaria del Hospital San Juan de Dios. Santafé, 1790*, con Estela Restrepo Zea; *Historia de la Independencia de Colombia, 1808-1830. Proceso político, social y cultural de la época* con Pablo Rodríguez, Fabio Zambrano y otros.

EN SANTA ROSA SE DESGAJA UN AGUACERO

Fabio Enrique Ramírez Espitia¹.

Ya Son Casi Las Seis:

A las 5:45 de la mañana, Yeimira Catalina Quiñones Mosquera² — como le gusta que la llamen cuando la hacen pasar al frente— recordó las clases de baile y se sacudió de sus cobijas con violencia.

— Yo ya le iba a echar era agua, mijita. — Dijo Edelmira Mosquera, su mamá.

Quince minutos antes, Yeimira luchaba contra sí misma para despertarse. En el desenlace de un sueño escurridizo, sólo atinaba a balbucear palabras que se iban apagando:

— Ya mamáááá, ya me paaaaro...

Y volvía a dormirse arrellanándose y suplicando “cinco minuticos más, mamita”. Pero “el baile Yeimi, el baile, apúrele que hoy tiene su clase”, y Yeimi, abriendo al

¹ Ocupó el Primer puesto en el presente concurso, bajo el Seudónimo: *Pisco Exquizofrénico*. Es Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y periodista independiente.

² Los nombres fueron modificados por seguridad de las fuentes.

instante sus ojos reaccionaba con todo su cuerpo en un santiamén, olvidando qué era eso de tener pereza y qué era eso de tener que ir a la escuela.

A la misma hora Jeison Alberto Palacios ya se encontraba en la mesa comiendo huevos revueltos, pan, chocolate y un trozo de queso campesino que le dejaron envuelto en la nevera. Come con diligencia, y al tiempo aprisiona entre sus piernas una tula con un balón de microfútbol. Hoy tiene partido contra 7-A y eso es lo único que le interesa en la vida al hijo de Ramiro Palacios.

— Oiga Jeison y hoy sí le dejó el miedo a la ducha ¿no? — dice Ramiro mientras se arremanga una camisa.

— No pa, si hoy es la semifinal, si ganamos nos toca contra Octavo— contesta Jeison casi atragantándose de agitación.

— Bueno, pero no se le vaya a olvidar venirse con sus hermanas y llamar a su mamá si se demora en el colegio.

— Sí, señor. ¿Pa, me puede prestar 1.000 pa' completar la gaseosa?

Ramiro no gusta del empalago, pero demuestra su cariño regalando los mil pesos con la condición de que “no se vaya a quedar toda la tarde jugando fútbol”. A unos segundos de partir, Jeison enfático reclama:

— Y si ganamos la próxima semana me presta mil quinientos.

— ¡Ah!, ¡qué tal este! Bueno, hágale más bien que ya se le está haciendo tarde.

El Frío en la Ciudadela Santa Rosa:

Al subir a la Ciudadela Santa Rosa lo primero que se siente es la insistencia del viento, que baja con fuerza desde los Cerros Orientales. A la vera de la antigua vía a Villavicencio, al suroriente de la capital, se levanta un pórtico malogrado que dice: “El Portal de Santa Rosa”, indicando que antaño funcionó como gancho comercial. Veo la escorrentía tímida de aguaceros pasados. Una calle, dos calles, tres calles, todas empinadísimas y con escaleras desportilladas por la humedad. Y al fondo, el Cerro del Zuque o *Zoque*, vocablo muisca que traduce *páramo de tempestad*, envuelve el paisaje de un barrio que reclama su lugar en la historia de la Localidad Cuarta de San Cristóbal.

Construida sobre cuerpos de agua que desembocan en la quebrada *Chiguaza*, afluente a su vez del río Tunjuelo, la ciudadela tomó su nombre de la constructora *Santa Rosa S.A.*, ya liquidada, sin tener en cuenta la vulnerabilidad ecológica que representaba edificar sobre terrenos inestables. Ignorando tal situación, para el año 1992, la administración de Jaime Castro, por medio del Departamento Administrativo de Planeación Distrital, expidió la licencia de construcción que abonaría el terreno para futuros conflictos.

Don Isauro vive en esta zona desde hace casi medio siglo, cuando el paisaje estaba dominado por potreros y calles destapadas. Conoce de cerca la historia de la ciudadela, tanto que me endilga con precisión: “mijo, usted ni había nacido cuando del Zuque se sacaba arena pa' asfaltar las calles de Bogotá”. Don Isauro vive ahora en el barrio Moralba, al sur de Santa Rosa, y recuerda con facilidad

cuando en el año de 1969 El Zuque comienza operaciones, cuando en 1980 la explotación de la montaña paró y cuando en 1990 la planta de asfalto cesó sus actividades. Tiene muy fresco en su memoria el día que la quebrada Chiguaza se enfureció de tal forma que en 1994 se desbordó llevándose consigo un amasijo de palos, piedras y vidas que fueron comidos por un lodazal oscuro. “Por eso es que uno no entiende, mijo, cómo es que se les ocurre construir un poco ‘e bloques allá donde justamente pasan las quebradas”.

- ¿Las casas empezaron a dañarse?
- ¡Obvio! Pero es que la avaricia es tenaz y, claro, la necesidad de la gente— Dice mientras hace un paneo con su índice derecho de la ciudadela.

Entre 1995 y 1998 la Constructora Santa Rosa S.A. ejecutó las obras que darían forma a la actual ciudadela. Pasando por alto los riesgos ambientales y sin tomar las medidas técnicas adecuadas, las faldas del cerro se llenaron de cemento y ladrillo. En total 325 casas fueron construidas y vendidas como viviendas de interés social. *Pero, claro, mijo, después vendrían los problemas: que las deudas con los bancos, que las grietas en las baldosas, que se entraba la humedad, que llegaba gente desconocida.*

- ¿Ahí fue cuando llegaron los desmovilizados y los desplazados? — Pregunté con cierta ansiedad.

No, eso fue con el tiempo. Vea, es que si usted quiere estudiar la historia de Santa Rosa debe hacerlo como si fuera un libro de tres partes: primero, la construcción de las

casas y los primeros vecinos; segundo, la llegada de los excombatientes y tercero, la llegada de los desplazados.

Alguien Golpea A La Puerta:

Hay un sol mañanero inclemente el día que logro reunirme con Edelmira y con Ramiro. “Este sol es de pura lluvia”, me dice un señor que los conoce a ambos, un tipo menudo que se hace sombra con su gorra y quien me está guiando a la casa de sus vecinos. Al caminar, sobresalen las casas que dicen “ocupada”.

- Esas son las casas de los desplazados. Les tocó así, cogerlas de afán. — Me comenta, sin que yo le haya preguntado.

De una de las puertas de una casa amarilla sale Ramiro intempestivamente.

- Ah, usted es el *pelao* de la entrevista. Camine me acompaña a la tienda y me va preguntando — me dice despidiéndose con informalidad de su vecino.

Es un hombre delgado, con mirada fija y pómulos sobresalientes. Su tez trigueña está cuarteada en sus brazos por unas rajaduras blanquecinas.

- Estas me las hice en combate. Y estas otras — sonrío con picardía cuando las señala—sí fue cuando era chino y me aventaba al río, por allá en el Cauca.

La guerra le quitó muchas cosas, pero no logró quitarle lo dicharachero. Que las órdenes, que las enfermedades, que

las penumbras de la selva, que el “¡uno, dos, uno, dos! ¡Arrr!, ¡sí, mi comandante!” no eran para él. Y, claro, que hacer cosas de las “que usted ni se imagina y que es mejor no contarle” a veces lo desvelan. Pero no importa porque “todo lo que hice mal, ahora lo estoy transformado en cariño para mis hijos y en un futuro para mi familia”.

Cuando Ramiro llegó a la Ciudadela su hijo Jeison estaba apenas de un año, y “véalo, es un crack, sólo piensa en fútbol. No le interesa si es hijo de un excombatiente de tal o cual grupo ni que sus vecinos sean víctimas de una u otra organización. Ya es otra generación que se ha desprendido de tanto odio. Hoy mismo, esta mañana, me sacó 1.000 pesos con la excusa de que tenía que jugar un partido dizque importantísimo”.

Carmen Díaz, una figura clave en la historia de este barrio y quizá la primera desmovilizada en ejercer la presidencia de una Junta de Acción Comunal en San Cristóbal, me diría semana antes que “aquí es muy fácil encontrarse con historias parecidas a la de Ramiro, y nuestra historia en este barrio está llena de anécdotas de ese estilo”.

En el año de 2001, luego del notable deterioro de las viviendas, los habitantes de la ciudadela Santa Rosa presentaron una Acción Popular que, con los años, llegaría hasta el Consejo de Estado. Durante el transcurso de la solución al litigio, el Distrito declaró formalmente la zona como de riesgo geológico, lo que, sumado a las deudas con los bancos y al no pago de las cuotas de los inmuebles, desembocaría en el abandono o desalojo de numerosas casas. “Como el gobierno daba un dinero a los reinsertados, muchos lo terminamos usando en la compra de las

viviendas que quedaron abandonadas y que el banco estaba rematando”. Entre el año 2004 y 2005 llegarían los primeros desmovilizados a un barrio que tenía quiebres, roturas, desbarajustes aquí y allá, sin embargo, “las ganas de tener su propia casita, después de tantos años de no tener nada fijo, le ganan a uno”.

La llegada de los reinsertados supondría un nuevo episodio en la historia de este barrio. Llegarían las ayudas gubernamentales, la cooperación internacional, las ONG’s. De algún modo, Santa Rosa era lo poco que tenían para mostrar las instituciones en materia de reintegración. “Acá llegaron hasta japoneses para ver cómo guerrilleros y paramilitares podían entenderse sin matarse”. Al principio generó miedo en los vecinos la presencia de excombatientes, pero, “es paradójico, el estigma acá sí nos sirvió, pues hasta montamos una cooperativa de seguridad que fue apoyada por los habitantes del sector y le cuento, joven, que fue muy efectiva”.

Ramiro sostiene con fuerza una gaseosa que le he invitado mientras se queja porque “esto de buscar trabajo es muy duro, mi hermano”. Como en muchas otras partes del país, uno de los problemas más acuciantes para los desmovilizados es la falta de empleo, cosa que se debe, en parte, a serias deficiencias educativas y a los prejuicios de los empleadores. En todo caso Ramiro se la rebusca, como cuando trabajó sellando las casas de su propio vecindario, las mismas que estaban en riesgo geológico inminente.

— ¿Es cierto que este barrio, antes de la llegada de los reinsertados, era muy inseguro? -Pregunto cambiando de tema sin previo aviso.

- Es que acá había pelaos que hacían lo que se les daba la gana: atracaban, asustaban a las niñas, metían cualquier droga. Lo que nosotros hicimos fue disuadirlos de que se fueran, y como sabían que aquí había desmovilizados, pues se asustaban y se iban. Esto duró un buen tiempo muy tranquilo, por eso es que usted ve mucho chinito por ahí de noche jugando sin problema.
- En la prensa hay artículos que hablan de todo lo contrario.
- Bueno, sí, ahora se ven problemas, sobre todo por los desplazados que han ocupado las casas que estaban selladas.
- ¿Cómo Edelmira?
- Sí. Pero usted sabe, la necesidad es así.

Edelmira Mosquera llegó a la ciudadela Santa Rosa a ocupar una de las casas que quedaron abandonadas, luego de que el Consejo de Estado fallara en el 2007 a favor de la comunidad. El resultado: la indemnización de 319 familias con \$45 millones de pesos a cada una por el riesgo que representaba vivir en Santa Rosa y, cómo no, una cantidad considerable de casas que se convirtieron en botín para los desterrados o para los avivatos.

- Mi hermano, qué solazo, ¿será que llueve? Bueno, camine lo llevo para que hable con ella —dice Ramiro, acabando su gaseosa de una sacudida.

En un recodo del último bloque, que da a la montaña, se encuentra la casa de Edelmira, un apartamento atrincherado sobre unos bloques que se ven accidentados, como

queriendo descolgarse. “Ay, alguien golpea a la puerta”, se escucha decir a una mujer, luego de nuestro llamado y al parecer hablando con su perro.

- Hola doña Edelmira, soy el muchacho de la entrevista.
- Ah, sí, sí, verdad, siga.

Ramiro se despide, luego de saludar a su vecina con un chiste que no entiendo. “Ahí donde lo ve, Ramiro es un desvergonzado, pero me cae bien, y eso que hasta podría ser de los mismos cochinos que me sacaron de mi Buenaventura”. Porque, sin duda, lo que Edelmira Mosquera más extraña de su tierra es el sonido de las olas alborotadas a las 6 de la tarde, en el malecón. A esa hora se sentaba sola o con sus hijos, mientras veía el sol esconderse entre los pliegues de las aguas del Océano Pacífico. También, no lo niega, extraña el bullicio de su gente, y los *picós* que tronaban con la *Salsa Choke*, los mismos que ahora escandalizan a un vecindario acostumbrado a los silencios y a las formalidades propias de la capital. “Es que mi gente, hooombre, es rumbera hasta morir”. Así se va expresando esta negra maciza, de ademanos cadenciosos y de risa encendida que llegó a la ciudad en el año 2013 como desplazada y que terminó ocupando una de las casas selladas de Santa Rosa.

De aquí nos han intentado sacar varias veces, pero ya yo no me voy. Ya estamos haciendo una vida. Por ejemplo, a una de mis hijas, Yeimi, le encanta bailar y ya ha estado en concursos y todo. Y yo no niego que muchos de los que llegaron han traído problemas de inseguridad, pero es que

los periódicos y la televisión también se la pasan exagerando.

¿Y no les preocupa que los saquen o que esta zona sea de riesgo geológico?

— Igual, no tenemos más a dónde ir.

Pase Al Frente Señorita:

— ¡Yeimira Catalina Quiñones Mosquera, pase al frente!

Y Yeimi salió de la fila con su pollera salpicada de colores rojos y azules diciendo, con una sonrisa brillante: “¡listo profel!”. En sus caderas desplegó los ritmos de su tierra: el *Bambuco Patiano*, el *Currulao* y la *Salsa*, pero se defendió también con destreza en *Bullerengues*, *Cumbias* y *Fandangos*. Todo lo que huela a mar pasa por sus torsos morenos con relativa facilidad.

A la misma hora, 10:30 a.m, en la cancha del colegio Altamira, Jeison domina un balón resbaloso con elegancia y dureza. La canícula se ensaña con los niños que persiguen la pelota, pero Jeison corre impávido, como si ese sol arrogante no fuera más que otro hincha de gradería. Se juega la vida contra 7-A.

De Nuevo En Santa Rosa:

Yeimi y Jeison llegan a sus respectivas casas cuando el almuerzo aún está en proceso. Cada uno con sus historias que contar, cada uno con sus sueños y desvelos de fútbol y de bailes.

- Me acuerdo cuando ese vergajo de Jeison se perdió con Yeimi en la quebrada. Duraron casi todo el día y yo casi me muero —dice Edelmira cuando pasa su hija por la sala con un jadeante “buenas tardes”.
- Pensé que vivían de pelea.
- Ah, esos son muy buenos amigos. Usted sabe que los pelaos siempre discuten por bobadas—enfatisa al salir un momento de su casa para indicarme quién es Jeison, el cual se pierde en las escaleras de la calle. Apenas alcanzo a reconocerlo por su silueta.

Cuando salgo de la casa de Edelmira para no interrumpir su almuerzo, voy a la cancha y al salón comunal, que están emplazados en el parque principal de la ciudadela. Allí suelen darse cita los eventos que aglutinan a la comunidad, como las Ollas Comunitarias o los Encuentros Vecinales. También en este espacio, quizá por su centralidad, han trabajado organizaciones, fundaciones y ONG's de las más variopintas: Que el Ministerio de Defensa, que el ICBF, que la USAID, que la ONG Proyectar Sin Fronteras, y así, hasta que se van acabando los dedos de las manos para contar. Y a pesar de todo, ha sido útil, porque “son, como dijo un conocido, toda una *infraestructura para la paz...ojalá esto se sintiera en otros barrios*”, a decir de Carmen Díaz, la líder comunal con la que me entrevisté en días pasados.

Con ese panorama en mente, y con una nube pálida que se iba asomando muy sosegada, encontré a unos muchachos que estaban interviniendo la fachada del salón comunal desde hace ya varios días. En una de sus paredes, en la

corona del muro, se leía una frase hecha a base de baldosa, muy colorida y juguetona que dice: “acá se juega con amor”. Después de horas de acercarme con paciencia, logré conversar con quien parecía dirigir la obra. Su nombre: Jesús David Suárez, artista plástico y director del Colectivo ArtoArte, una agrupación dedicada a la generación de una cultura de no-violencia por medio de las artes. Casi sin preguntarle me va explicando que lo que ellos buscan es indagar acerca de cómo se generan nuevos sujetos sociales y cómo se construye memoria por medio del juego y del buen trato, particularmente en la infancia: “Queremos generar una *apropiación social de la memoria*, es decir, mostrando que la memoria y el *patrimonio local se producen en los actos de la cotidianidad*. Para esto es importante recalcar que todos las personas, incluidos esos niños que están en esa cancha —les señala con un dedo de su boca— tienen derecho al arte y que eso es algo que ni la violencia les podrá quitar”.

Yo siento que lo que él dice sintetiza mucho de lo que tantas organizaciones han intentado hacer en Santa Rosa, unas con más éxito que otras y recuerdo lo que un vecino cuyo nombre ya no recuerdo, esbozaba sobre un tradicional evento convertido en patrimonio para los habitantes de este sector: El Festival de Cometas por la Paz: “En el Festival de las Cometas todos juegan, sin importar el color, o de si es desplazado, desmovilizado, ocupante, eso no importa, lo único importante ese día es acompañar a los niños en su disfrute”.

Veo al rato que la cancha se llena de bullicio. Unos niños que juegan al balón tropiezan con unas niñas que

improvisan una rayuela en el piso. Se gritan, se empujan y se ríen. La tarde va adquiriendo una tonalidad grisácea. “Va a caer un aguacero bien tenaz”, dice Jesús David, al tiempo que me percató de la presencia de Yeimi y Jeison. Pelean, se tiran balones y se provocan, pero también se lanzan miradas de complicidad. Quizá recuerden cuando se perdieron en la quebrada, a orillas del Zuque, el gigante que, según la mitología, tuvo amoríos con la Chiguaza para poblar toda esta zona de agua y de pájaros. Quizá recuerden que entre matorrales vieron volar al *Cucarachero*, al *Tángara pechi rojo*, al *Carbonero pechi amarillo*, y que los señalaron con el dedo, porque ya casi nadie sabe sus nombres. Seguramente recuerdan cuando se atravesaron por los caminos del *Chusque*, del *Raque*, del *Saltón* y del *Pegamoscos*. Seguramente se mojaron en esas quebradas por las que antes se deslizaba el *Capitán de la sabana* y el *Capitanejo*. Todo eso seguramente recuerdan, mientras se hacen muecas de desafío en la cancha de microfútbol y mientras una inmensa nube negra empaña la tarde.

Del cielo empiezan a caer unas gotas caprichosas que me empujan con todo y frío a una tienda esquinera. Al tiempo voy reflexionando sobre este barrio y cómo en él cobran forma localmente aspectos de interés nacional: la reconciliación, la convivencia entre víctimas y victimarios, la memoria, y una niñez que crece en medio de un futuro incierto. O prometedor, si esos niños que se mojan en la cancha persiguen sus sueños de gambetas y de contoneos, cortando de tajo todo vínculo que los una con la guerra.

La lluvia se toma confianza y cae, ahora sí, con determinación. Desde la tienda observo a Jeison y a Yeimi

que juegan sin importarles la facha. Ríen de nuevo, gritan de nuevo, se ensucian y se lavan. Parece no importarles el regaño seguro que les espera. Los tejados crepitan. Yo pido un tinto que, “por favor, esté bien calentico”.

— ¡Uff, qué helaje tan berraco! —digo lanzando al aire la expresión.

El dueño de la tienda ríe con familiaridad y dice:

— Ahora sí, ¡se desgajó el aguacero en Santa Rosa!

CRÓNICA DEL PREGONERO

Freddy Ayala³

Llevo treinta años recorriendo sus calles. Ya me sé sus sabores, sus olores y sus formas. Al comienzo cuando me mezclaba con la Bogotá central, me daba miedo reafirmar mi identidad:

— ¿Dónde vives?

— Por ahí, cerca de Ciudad Jardín.

No era nada fácil decir que vivía en el barrio Nueva Delhi, y no por la pronunciación de su nombre, sino por un efecto de pánico infantil representado en un prejuicio arcaico e inocente, relacionado con la distancia y la percepción que podían tener los “citadinos” de los barrios periféricos. Pánico de ser visto como una persona pobre y peligrosa. Nunca supe quién me engendró esos miedos.

Pero un oficio me devolvió la autenticidad. Tenía nueve años y ya trabajaba en el colectivo de mi padre, afiliado a la

³ Freddy Alexander Ayala Herrera ocupó el Segundo puesto en el presente concurso, bajo el Seudónimo: Frida A. Es Narrador oral. Ganador premio de Crítica en narración oral Ciudad de Bogotá, Idartes, 2014 y de la convocatoria Proyecto Bogotá de Cuento (2009). Ha participado en: Festival iberoamericano de Teatro (2014), Festival Internacional de las Artes FIA, en Costa Rica (2014), Festival Internacional de oralidad en Paraguay (2014). Autor del libro “Lo sentimos, los lunes no hay función”, Senderos Editores (2015)

desaparecida empresa Untrascom (Unión transportadora comunitaria). Mi labor consistía en pregonar y cobrar el dinero del pasaje. Hablamos de principios de los noventa cuando los colectivos, modelos cuarenta, cincuenta, setenta, ochenta y noventa hacían rutas desde Juan Rey y la Belleza hasta la veintidós sur con décima o San Victorino, centro de la ciudad. A las cuatro de la mañana mi padre me levantaba y con el frío, hasta los huesos, salíamos y le dábamos chancleta a la GMC modelo 57, comprada en 1.600.000 con los ahorros de mi padre y mi madre.

Con la ausencia de sol y la presencia de veinte colectivos dábamos espera a nuestro turno para despegar. El paradero quedaba en el barrio Tihuaque, un barrio rural, hecho de casas, montañas, siembras de papa, vacas y muchos campesinos. Me gustaba pensar que no estaba en la ciudad, que estaba en el campo cerca de Chipaque y Cáqueza, sensación divertida que también disfrutaba cuando íbamos con los amigos a recorrer la antigua cervecería Alemana (como a dos curvas de Tihuaque) donde jugábamos a no ser vistos por los celadores para así evadirlos y poder encontrar un yacimiento de agua cuya pureza nos limpiaba hasta el alma. Ya no existe ni la cervecería ni el agua.

Llegaba nuestro turno. Un pregón: ¡Centro, centro, centro, centro, Columnas, la Victoria, la Ye, centro, centro, centro! y mis gritos se inspiraban en los otros pregoneros quienes me enseñaron que por economía del lenguaje no era necesario decir la palabra completa “¡tro, tro, tro, tro por colunas elleza, elleza, elleza, rey, rey, rey la ictoria!”. El cupo estaba medio listo. 6 a.m. Hora de partir para el Centro. Sí, dos horas de espera. En los barrios Juan Rey y

Libertadores completáramos el cupo. En el barrio Pinares empezaba a cobrar; puesto por puesto solicitaba el valor de 110 pesos hasta completar el dinero de 1600 ó 1700 por viaje, para un total de 15.000 pesos al día por los recorridos realizados hasta las 10:00 pm. Pero claro, yo no trabajaba hasta esa hora. Por fin llegábamos a San Victorino.

Ahora el regreso. Nuevamente a Tihuaque. Y era lo que más me gustaba porque representaba un regreso competitivo. Accelerar por la décima hasta llegar al barrio San Blas. San Blas fue un santo, pero en este caso hablo de uno de los barrios más reconocidos de la localidad. Es el principio, el alfa, el inicio, el punto de partida porque es allí donde se emprende la subida, dónde se toma impulso para ascender al Cielo *Roto* (así le llamaban en los ochenta y noventa porque no paraba de llover). Una estación de servicio, un hospital, la alcaldía, una estación de policía, un hueco enorme en el asfalto; hueco que aún hoy está vigente. Así es, así era San Blas.

Entonces los colectivos emprendían su huida por la Pared, una calle empinada paralela a la avenida Columnas y la Ladrillera, calle que hacía alusión a su nombre por su posición vertical y que para aquella época causó muchas tragedias, ya que como funcionaba en doble vía, cosa que hoy no pasa, muchos carros que descendían perdían los frenos e iban a parar en los postes del santo San Blas. Y subiendo la Pared yo era feliz mientras veía a mi papá ganar los juegos que ellos se inventaban. Años después comprendí que ese juego se llamaba *guerra del centavo*.

La Pared, bien saben los expertos en distancia y tiempo, economiza quince minutos de recorrido y da salida directa

a la Ye, barrio cuyo nombre hace alusión a su naturaleza, pues las calles se presentan en forma de esa letra; de ahí se desprenden dos caminos los cuales son la Belleza, la Gloria, Santa Rita o por otro lado, Altamira, Quindío, Canadá, Juan Rey. No sobra recordar que a mi padre en medio de su repetición automovilística a veces olvidaba el destino y tomaba la vía no correspondiente al recorrido establecido, lo cual generaba el explosivo emanar de palabras, toda una retórica tradicional de cada día: “señor puede ir más rápido”, “señor a dónde nos lleva” “oiga viejo por acá o me va llevar hasta dónde su mamá”, “vecino, me puede llevar por cincuenta hasta Juan Rey”.

En la Y se detenía un poco el tráfico por la ausencia del semáforo y la abundancia de buses y colectivos en competencia (Codiltra, Untrascom, Ucolbus y los transportadores piratas). Todos en guerra por el centavo. Los buses eran verdes, modelos de la época, fusionados con otros muy famosos llamados “mochillerós” o “cebolleros” términos peyorativos para hacer mención a su estructura clásica, pues eran buses de los sesentas y setentas que andaban a la velocidad de la paz del país y recibían en sus instalaciones móviles una cantidad infinita de sujetos cuyos cuerpos en algunos casos adornaban la parte externa del vehículo. Yo no entiendo cómo hacían para colgarse así y no caerse.

De subida y en la mañana se recogían pocos pasajeros, entonces podíamos hablar o más bien podía escuchar las palabras sabias de papá que se mezclaban con las imágenes de cada día: “Aquí es Altamira” se puede leer en la fachada de una casa desde hace más de veinte años; llegábamos al

barrio Quindío, lugar alguna vez asediado por la naturaleza ya que en el año de 1994, una montaña se deslizó por causa de la lluvia y provocó un derrumbe que hoy lo recuerdo como una tragedia. El pequeño desliz abrió otro camino y tuvo en efecto que construirse un paso de agua.

Seguimos subiendo hasta “La vidriera”, lugar reconocido como una empresa de cristales o vajillas de hogar, espacio hoy abandonado y devorado por las piedras que destruyeron las pocas ventanas y muros que quedaban. Aún hoy existe (pero ya no funciona, es decir, no hay venta de nada, es decir le pertenece a otra entidad) y allí puede reflejarse la pancarta política y el grafiti amoroso y deportivo.

Pinares, Canadá, Libertadores. En Libertadores había un CAI de madera (Centro de atención inmediata) que fue atacado en el año de 1996 por una incursión guerrillera. Era un adolescente cuando las luces rojas y amarillas del fuego adornaron la noche de mi barrio. Silencio y tiros, al otro día la noticia de dos policías muertos en el CAI. Tristeza, pánico. Ni policías ni CAI. Nada. Una jornada de atentados en Bogotá. En la Y por ejemplo había un CAI. Había. Tiempo pasado. Desde la tragedia nunca más se reconstruyó. El del Barrio Los Libertadores lo hicieron nuevamente, pero esta vez lo bajaron media cuadra y por si acaso, lo fabricaron en material antiexplosivo. Aún quedan recuerdos de este atentado a la salida del boquerón, más arriba de Tihuaque, en una exestación de policía que refleja hoy las perforaciones de las balas, es decir, de ese valle de balas como dice la banda de Ska Desorden Público. ¿Quién fue? ¿El M19, las FARC, el Estado? Importa olvidar y

seguir el recorrido con mi padre. Llegamos a Tihuaque y es mi último viaje porque ya debo ir a estudiar a la escuela Nueva Delhi.

Alejarme de mi padre provocaba nostalgia. Sus palabras perpetuaban una gran sabiduría y entendimiento del mundo. De esa época lo que más recuerdo son sus anécdotas de viajero que hablan de un hombre campesino que vino desde Santander para mejorar sus condiciones de vida. En la capital conoció a mi madre y después de un año de relación se casaron a escondidas en la Iglesia del barrio Santa Inés, cerca de Columnas. A los meses, después de un recorrido por varias zonas del sur, decidieron comprar una casa de urbanización en el barrio Nueva Delhi.

Nueva Delhi, la capital de la India, es lo que le responde uno a la gente cuando le preguntan por el barrio. Pero no, el barrio se llama así porque los ingeniosos del banco (Colpatria) crearon el nombre, por eso me gusta más el nombre del barrio La Belleza, porque no lo creó una urbanizadora, sino la misma experiencia vital. Según dicen viene de la expresión "Esta es mucha belleza" frase que le decían las señoras a sus esposos cuando estos llegaban borrachos. Y así se quedó.

Llego a la escuela a cursar mi grado quinto de primaria, mientras recuerdo que papá me decía que antes el barrio era rural y las mujeres iban a lavar la ropa a una quebrada, esa misma que baja por la Belleza. Había pocas casas y su paisaje era adornado con animales de campo. Así se me pasaba el tiempo en la escuela, recordando e imaginando, aunque a veces tuve que enfrentar las blasfemias de las profesoras: "¿usted a qué aspira? ¿A ser conductor cómo su

papá? Mire ese cuaderno todo manchado de grasa". Conclusión: ya sé quiénes fueron los causantes de los prejuicios y miedos.

Estudiaba con ansiedad porque esperaba que fueran las 5 p.m para salir y seguir mi trabajo. A esa hora me encontraría con Flash y lucharíamos por cambiar el mundo. Flash era el apodo de papá y los amigos lo habían bautizado así porque no superaba los cincuenta kilómetros por hora, pero eso me hacía sentir orgulloso y más cuando una vez bajando por la Nueva Gloria, el carro se quedó sin frenos y por fortuna gracias a su lentitud, se estrelló de manera perfecta con un poste. No hubo heridos.

En la noche esperábamos en la 22 sur con decima. Una espera larga para recoger los pasajeros y llegar ahora al barrio la Belleza, lugar que me sirvió para conocer a los amigos, a los otros pregoneros. Todos inteligentes e ingeniosos y con una resistencia verbal admirable: "Juaaaaaaaan reeyyyyyyyyyyy por laaaaaaa pareeeed".

Conocí a Julián, un adolescente rudo que no trabajaba media jornada como yo, sino una jornada completa en dos colectivos para ganar un sueldo de 500 pesos diarios que le servirían para un desayuno o un almuerzo. Julian vivía en la invasión de la Belleza, ahí cerca de Villa de la Paz con su mamá y dos hermanos. Su mamá enferma no alcanzaba con los menesteres económicos de la casa, por eso al pelado le tocó desde niño poner la cara como un adulto responsable, mientras su mamá y sus hermanos vendían dulces en los semáforos.

Julián era un teso pues se colgaba del carro de una manera magistral, mientras con una mano contaba billetes y monedas y con su voz persuadía a los transeúntes que tenían que viajar a la Belleza o a Juan Rey. Ser pregonero es un arte y más cuando la voz logra convencer a los transeúntes desprevenidos o miopes que no captan la letra de la tabla. Era la época de la tabla, aún la cosa no era electrónica, por esa la gritería era necesaria para reforzar el destino. Julián no soportó la vida y una mañana me enteré de su suicidio.

Trabajé con mi padre casi diez años hasta que el sistema decidió modernizar el transporte, lo cual trajo como consecuencia la chatarrización del vehículo y en consecuencia la falta de empleo. Los ahorros fueron suficientes para sostener un hogar y emprender un estudio universitario.

Los tiempos cambiaron. El pregón se sustituyó por la tabla de madera y esta última por el tablero electrónico. A los conductores se les prohibió hablar con los pasajeros y la música de costa fue eliminada de la rutina diaria. En ese silenciamiento urbano ¿hablamos acaso hoy del final del pregonero?

Hoy me preguntan dónde vivo y yo para evitar esa extinción respondo: “yo vivo en Nueva Delhi, antes de Libertadores, después de Canadá, cerca de Pinares, la Y, la Victoria, Columnas, la elleza, za, za a,a,a.

ASÓMESE A VER SI LA VENTANA ESTÁ ABIERTA

Paula Casas⁴

Un miércoles de diciembre, buscando de manera angustiada un salón de belleza en donde se realizaría una reunión informativa importante, dos pensamientos recurrentes acudían a mi cabeza: “Parece una trampa salida de alguna secta religioso-comercial” y “¿Quién hace algo serio en una peluquería?”. Eran suficientes para entrar en pánico ante la idea de asistir a algo de lo que tenía poca información, pero a lo que mi terquedad me había decidido a embarcarme. La peluquería de Chavela era lo que

⁴ Paula Catherine Casas Ríos, ocupó el Tercer puesto en el presente Concurso bajo el Seudónimo: La Ignacia. Estudios de Economía en la Universidad Nacional y técnico en armado de estructuras en Guadua del SENA. Amplia experiencia en trabajo cultural con jóvenes y adultos en la fundación COPRES; procesos de formación en política pública LGBTI y expresiones culturales de la Corporación Promover Ciudadanía, Corporación Ángeles de Colombia y un proyecto interdisciplinar de arte con el Colectivo Bitácora. Realiza rescate, rehabilitación y entrega en adopción de animales de compañía; generando así acciones pedagógicas con diferente población etaria de las localidades Rafael Uribe Uribe y San Cristóbal. Miembro del Colectivo archipiélago, organización cultural.

buscaba afanosamente, entre pensamientos de pánico e interés.

Mientras recorría una calle en la que abundaban las salas de belleza y los gritos de transeúntes, decidí preguntar a una señora que esperaba con pasividad en una de las salas, mientras hojeaba una revista cuarteada, con sus uñas pintadas de rojo.: “Claro, es a la vuelta, en el segundo piso, va a ver un letrero grande. Así que a ver si la ventana está abierta. Si la ventana está abierta, pues ahí la encontrará”.

Al parecer era un sitio reconocido, así que mi pánico disminuyó y, con rostro renovado, avancé a pasos largos por el mercado de la esquina. Efectivamente, era un segundo piso con una ventana abierta y un letrero de tubos que decía “Chavela”. Subí rápidamente las escaleras de un contrapaso bastante amplio, aun más para mis piernas cortas. Me encontré en un salón amplio, con una mesa de plástico, dos sillas blancas y tres mujeres hablando. De las mujeres, una se veía como la dueña del lugar: alta, de contextura gruesa, voz grave y cabello a medio teñir.

Me saludaron amablemente y me indicaron la acción a seguir para hacer realidad un papeleo que llevaba algunos días completando. Lo que comenzó como un proceso sencillo en el que llevaba una propuesta para adelantar una iniciativa cultural, se transformó, poco a poco, en algo más profundo. Pasé de ser una simple proponente a convertirme en parte integrante de un proceso de sistematización de las propuestas que llegaban. Un computador sencillo, ubicado sobre la mesa, era parte de la oficina improvisada para cumplir con la labor del día. No sabría relatar con precisión el momento en que resulté al frente del aparato, llenando

datos, hablando con quienes llegaban, explicando el proceso a seguir y hasta brindando asesoría sobre cuál era la profesión de una persona si vivía en la calle y recogía reciclaje en La Roca.

Aquella tarde pasó volando, la música del lugar empezó a tornarse más decembrina, las tres mujeres cambiaron su tono de voz a uno más familiar, invitaron tragos y hasta obtuve un regalo inesperado de galletas con vino tinto; tradicional equipamiento de final de año para las personas de confianza. Ese primer encuentro, bastante grato, me llevó a frecuentar el salón de Chavela, ya fuera para hablar de planes estratégicos para una organización social o simplemente para escuchar sus interminables historias. Con estas visitas fui aprendiendo la dinámica del lugar.

Esta mujer de edad avanzada y blusa de trabajo, era el referente para todas las personas gay, lesbianas y transgeneristas del sector. Además era íntima amiga de los desplazados, drogodependientes y hasta ladrones que habitan en el sector. Con el poder de una administradora, mandaba a pedir almuerzos, los mejores de la cuadra, para sus invitados; mención aparte de los tintos, aromáticas y cervezas para quienes le acompañaban sentados al lado de la ventana de los fumadores.

Con la confianza que solo se ganan las personas que llevan años conociéndola, me abrió las puertas de su casa, de su salón de belleza y me contó muchas cosas sobre su familia. Esta mujer, tenía una familia típica del sector: una hija de unos 22 años, dos nietos, sobrinos y varios familiares que cohabitaban en una sola casa humilde en cercanías a la sala de belleza.

Su historia inicia con su llegada a Bogotá, abandonada por su familia tras una declaración que le daría una nueva opción de vida. Pasando por las calles oscuras, viviendo en cuartos estrechos de 3 o 4 trabajadoras de la noche, su vida se fue forjando. De esto, cuenta que solo le quedó una enemiga mortal que le robó mucho dinero y un fuerte conocimiento sobre la importancia de cuidar su espalda y a los miembros de su familia.

La instalación de su peluquería lo pensó como un centro de ayuda, para que jóvenes de escasos recursos y completamente abandonados por su opción de vida pudieran aprender el oficio y trabajaran codo a codo en crear algo mayor. Todos estos planes se le han ido desvaneciendo con el paso de los años, pues comenta que todos le han pagado mal, le han robado y han desaparecido varios días después de tener unos pesos seguros en el bolsillo. Aun así, cuenta que desea crear una empresa, en la que daría trabajo a madres solteras y mujeres transgénero; todo esto, con un brillo en sus ojos que se desvanece con el humo de los cigarrillos Green en su boca.

Una noche de tragos y música, contaba la cantidad de veces que tuvo que escapar de la policía en medio de potreros abandonados, alegando su derecho a trabajar con su cuerpo y que nadie podría venir a matarlas, a ella y a "las locas", como se refería a sus amigas. Ahora son mujeres de unos cincuenta y tantos, con rostros corroídos por el aceite de bebé o mineral, sobre los cuales les dijeron que servía para aumentar los pómulos y que con el tiempo dejaron marcas imborrables. Con unos guaritos encima, narraba la cantidad de inyecciones que se colocó a finales de los ochenta, para

aumentar su cola; sin importar que estas fueran pagadas a un supuesto médico, finalmente trajeron consecuencias nefastas que le hicieron perder una buena parte de sus nalgas. Estas confesiones se agregaban a otras más agradables como las de Doña Pepa, costurera consagrada del barrio Policarpa, eterna amiga de las mujeres de la noche, experta en los menesteres de las lentejuelas y creadora de trajes estrella con cortinas y telas de remate. Contar las historias que llegaron a mi mente, en medio de risas tristes y carcajadas de locura podrían ser dignas de libros enteros. De esta experiencia, lo más impactante fue ver la realidad de una mujer a la que jamás imaginé de otra manera que no fuera como una señora de familia. En ese momento, había visto innumerables casos de familias diversas, pregonando su deseo de ser escuchados y jamás discriminados. En Chavela, la grande de San Cristóbal, vi a alguien que, sin tener que reunirse a contar sus penas en un grupo totalmente etiquetado, forjó una vida en comunidad.

Estar a su lado, me hacía sentir completamente protegida: de la misma manera que pedía cosas, entregaba muchas otras. Con una casa de puertas abiertas, se lograba ver familias enteras que no tenían dónde pasar la noche y a las que ella les daba techo, a cambio de hacer algunos trabajos simples como barrer o ir al SUPERCADÉ a pagar los servicios. Los muchachos que pasaban con alguna intención clara de apoderarse de lo ajeno, le respetaban, jamás tocaban a alguien de su familia y, mucho menos, irrespetaban la entrada de su local. En varias ocasiones, sintiéndome de su familia, caminé las calles de la zona media de la localidad a altas horas de la noche, con

sensación de calma y cuatro ojos encima para cuidar a la “niña”, para que nada le pasara.

La historia de su familia, me la vino a contar casi ocho meses después de estar a su lado y su relato fue simple, en voz baja. Esperó hasta terminar el corte de cabello de un Jairo, cliente frecuente suyo; se sentó a buscar su Green y me comentó que su hija era de alguien que había querido mucho, un “mal hombre” que recibió a la niña de escasos cuatro años y a quien, al irse de su lado, no le importó dejar a su sangre a la deriva y de allí que Chavela decidiera acogerla. Fue legalmente adoptada por su hermana, estratégicamente para lograr que la niña tuviera su apellido. Le entregó días enteros de cuidados y ahora, siendo una mujer con dos niños, vive siempre a su lado. A pesar de las circunstancias de la vida, Chavela siempre le abre las puertas de su casa y más aun a sabiendas que esos niños, que le llaman abuelita, le buscan para contarle sus días de colegio y, como todo niño, para pedirle una golosina.

Este vínculo familiar jamás ha sido cuestionado, Chavela siempre será la “mami” y la “abuelita”, proveedora de techo y cariño abierto para su familia. Una mujer talentosa que no sólo es figura de respeto y aprecio en su comunidad, sino que ha brillado por su increíble talento para el performance: “treparse” —como le dicen “las locas”— es su mejor talento. Aunque dice que ya no lo hace porque las fajas no le entran, repasa las fotografías de sus show en los bares más famosos de los noventa, en donde era el centro de atención; con su “Águila real”, de Lolita Flores, conmocionaba corazones y ganaba los aplausos del público.

Debo confesar que la organización de su fiesta de cumpleaños tenía un fin personal, que era lograr ver, al menos una vez en la vida, a la gran Chavela haciendo un show privado para nosotros, los miembros de su familia. Y en definitiva, lo logré. Entre risas y extrema alegría, Chavela nos entregó minutos de escalofríos. En un improvisado tablado de su hogar, interpretó su canción favorita con toda la energía del momento y catapultó mi corazón a un aplauso de cierre a unísono.

Luego de tantas experiencias, la vida nos fue separando, quizás porque olvidamos muchas veces las cosas que nos han dado alegría o tal vez sea necesario tomar un respiro lejos de estos personajes que nos envuelven en su vida y que no podemos soltar a pesar de la lejanía. Nunca hemos perdido contacto, eso es cierto. Hace un tiempo llevamos a una perrita rescatada a valoración médica y, hasta el día que escribo esto, tengo pleno conocimiento de que es la amiga inseparable de sus nietos. Siempre la recuerdo como una persona llena de alegría y reflexión. Su matita de ruda, para purificar su peluquería, le daba ese aire místico que solo tienen los que han vivido lo suficiente como para saber que hay cosas que no se ven, pero que están ahí y es mejor protegerse de ellas.

Seguramente uno de estos días, camine hasta su cuadra, observe si la ventana del segundo piso está abierta y compre unos guaritos para acompañar la dinámica de su local. De esta manera, descubriré que nuestras vidas, a pesar de haber cambiado, siguen teniendo los mismos corazones y que, ante todos, le consideraré como una mujer total. Sin importar que no haya realizado los trámites para

cambiar oficialmente su nombre, aunque los hospitales le discriminan, al ver el "Masculino" marcado en su cédula y le repudien como quien ve a un asesino caminar esposado en medio de las cámaras amarillistas.

QUÉ PUTERÍA VIVIR ACÁ

Nicolás Esteban Camacho Romero⁵

Decidimos salir en bicicleta, buscando inspiración en nuestra localidad. Catalina compró agua en la tienda de sus tíos, le era inevitable recordar cuando atravesaba el puente del río Fucha, que ella en broma, a los cuatro años, le llamaba el *río fuchi*. Cruzamos al lado del parque San Cristóbal cerca a la iglesia, aunque no fuéramos muy devotos, conocimos bien este lugar por aquel reconocimiento histórico que realizamos con los estudiantes del José Félix Restrepo. Luego de tener para hidratarnos, arrancamos sin rumbo esperando encontrarnos con algo interesante. Chismosear por ahí, era la manera de identificar personajes en cualquier transeúnte a nuestro paso. Habíamos invitado a algunos muchachos que parchaban con Enfuchados, sin embargo, no pudieron ir porque estaban en tremendo engome con un proyecto en torno al Eje Ambiental del Río. Nos decepcionamos algo porque nos encantaba parchar con ellos.

⁵ *Ocupó el Cuarto Puesto bajo el seudónimo: Timoty Records. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Cursó estudios de cine y televisión y de geografía en la Universidad Nacional de Colombia y es candidato a la maestría en Educación y Comunicación. Productor y director del documental Educación, Cultura y Medio Ambiente con las comunidades indígenas maya en la península de Yucatán, México.*

Nuestros recuerdos en cicla nos querían llevar a recorrer sitios ineludibles como el acueducto de Vitelma, las ladrilleras, el Instituto Nacional de Ciegos, la Imprenta Distrital, La Casa Campesina Nacional, la Iglesia Del Barrio Obrero San Francisco Javier y allí nos estrellamos con un freno sorpresivo leyendo un letrero: había rumba en conmemoración a los cien años de este barrio de la ciudad y no pensábamos perdersla.

Aguanta, de domingo – Dijo Catalina.

No tengo ganas de tomar – Me sentaba mal el trago, o me sentaba tan bien que no me podía controlar; mejor alejados como un amor fugaz que hace daño.

En fin, no nos quedamos mucho, imaginando lo bien que lo pasaríamos y continuamos pedaleando reconociendo las fachadas y el paso del tiempo de barrios que siempre hemos recorrido desde que nos gusta andar en cicla. Con los ojos enumeramos los diferentes estilos arquitectónicos coloniales, republicanos, art deco y algunos otros más recientes. Dentro de mí, existían varios sentimientos encontrados, sobre cómo abordar el tema de la historia de la localidad y lo mucho que el presente seguía dependiendo del pasado.

Otra vez algo nos paró, una voz que nos llamó con un grito como el aullido de un mudo. Era el señor José Martínez que quería saber si teníamos una llave inglesa, pero esta vez no había sacado mis herramientas para prestársela.

— Lo siento – Le dije

— Más tarde me hace el favor con una pola – Me contestó.

Este vecino vivía en el antiguo lago que se ubicaba al frente del Instituto Nacional De Ciegos. Siempre quise conocer la época en que se podía ir al lago en lancha “era sólo un niño cuando veníamos con mi familia” me decía él y me daba mucha envidia de la buena. Era un clásico técnico de bicicletas de barrio, hablador por naturaleza y amable por convicción, que se dormía con el sonido arrullador del Fucha por la corriente constante que bajaba por la pendiente pronunciada desde el páramo de Cruz Verde en los cerros orientales, en donde las culturas indígenas ancestrales consideraban a la naturaleza viva como un ser superior compuesta por dioses inspirados en los elementos más representativos como el sol, el agua, la luna, la rana, los árboles, los cuales era necesario adorar y en algunos casos imitar. Estas montañas eran las más considerables elevaciones de la sabana de Bogotá, superando los 3.300 metros sobre el nivel del mar, y don José, como muchos otros, sentía un orgullo que lo llenaba hasta estallar en engrimiento.

— Yo amo mi barrio, así de sencillo.

Cuánta adoración sentían algunos por ese río, empezando por mí, y nadie más que los animales y las plantas. Allí se construyeron los primeros molinos para la producción de grano con el favor de la incesante corriente, la última frontera de la ciudad a comienzos del siglo XX, ocupado por importantes órdenes religiosas que se instalaron a sus alrededores, que a su vez promocionaban los asentamientos urbanos de corte obrero como el barrio San Javier; impulsado por un cura obsesionado por el orden y las buenas costumbres, hasta el punto de echar a patadas, literalmente, a los obreros que llegaban con una copa de más, pero con un claro objetivo, proporcionar un bienestar para los trabajadores a través de la consecución de una casa

financiada por el recién creado banco Caja Social, y su propio esfuerzo.

Cuando nos detuvimos a saludar a doña Suávita, estábamos empapados en sudor y nos venía bien parar un momento. Con don José cruzamos un par de palabras no más y continuamos nuestro recorrido. Ya llevábamos montando más de una hora hasta que nos tropezamos con ella: Promotora de las buenas costumbres alimenticias y campesina de corazón, doña María nos quería como a sobrinos, pues le recordábamos a su hijo y la novia que se accidentaron años atrás. A mí me producía escozor que nos familiarizara con ese hecho macabro, pero era inevitable no enternecerse con aquella mujer y su triste historia. Sin embargo denotaba una alegría que me inquietaba y en su casa se respiraba un aire tranquilizador debido a que, a pesar de vivir en medio de la ciudad, entrar allí era un pasaje a través del tiempo y el espacio por la vegetación, los cultivos de chucuas y hortalizas que cundían su hogar, se olvidaba uno de las grandes construcciones y estilos arquitectónicos para adentrarnos en una parte rural secreta del pensamiento, de sus habitantes, personas venidas del campo por muchas razones a la ciudad en diferentes épocas cronológicas para tener un mejor futuro; futuro que no les dio el campo por encontrarse sumergidos en las luchas partidistas de mediados del siglo pasado o por encontrarse en medio del fuego cruzado de las últimas luchas ideológicas

— Siembro porque soy campesina, campesina aunque viva en la ciudad, porque sembrar, siempre le ha dado de comer a mi familia — Decía.

Inmediatamente entendimos que el patrimonio no sólo estaba en las construcciones arquitectónicas sino en las construcciones

de la agricultura y la preservación del medio ambiente; ese patrimonio intangible de las personas que ocupan el territorio en función de la supervivencia.

Por ella supimos que hace algunos años esta zona era la vía para ir a los Llanos Orientales, los viajeros tenían que remontar los cerros, a través de un camino plagado de desfiladeros y curvas interminables que reflejaban la inmensidad de una ciudad apenas en crecimiento, sin ninguna planeación, sin ningún tipo de restricción y sin la más mínima preocupación por el bienestar de sus habitantes, como en los caminos de herradura donde se tenían que bajar las mercancías para transbordarlas porque el camino se había caído. Ese camino continuaba inservible, pero todavía existente, no en el siglo pasado o en una época lejana, en este siglo, esta década, de este quinquenio, del siglo de la revolución tecnológica y los teléfonos inteligentes, la antigua vía oriente se había derrumbado una vez más.

— Hace pocos días — Decía la campesina de ciudad — Eso sí — nos advirtió antes de irnos — Por allá, por el acueducto de Vitelma ni se vayan a asomar porque ya saben que es muy peligroso, además, miijo, no los van a dejar entrar y los militares son muy celosos con los visitantes extraños por esas zonas.

Sabíamos de la importancia estratégica de los cerros no sólo como reserva de agua sino como fortín para las prácticas de alta montaña y polígono que tiene el ejército nacional a pocos metros del barrio. El sonido de las balas, aunque hablaran de muerte le causaban un sonido relajante al dormir porque se sentía protegida.

Después de salir de donde doña María, nos dirigimos a una zona bastante comercial de la localidad, la conocida calle trece, el fin de la avenida Primero de Mayo; carreteras que venían del occidente. Nos encontrábamos en un pequeño espacio de comercio, restaurantes, tiendas, cantinas, carnicerías, juegos de azar, supermercados, peluquerías y demás locales comerciales. No pudimos pasar por alto una importante construcción que abarcaba casi toda la primera cuadra de esta importante vía comercial. Era la antigua fábrica de sombreros que surtía a los más exigentes cachacos en su ajuar capitalino, como lo era el elegante sombrero. Justamente al frente, descubrimos las antiguas conexiones del sistema masivo de transporte de los años 70s, el Trolí, jalado por cables eléctricos, que en cada curva se salía de las líneas, y que tenía un recorrido desde el centro de la ciudad hacia el sur, por la carrera séptima hasta la calle once, donde continuaba su recorrido hasta llegar a la antigua estación de policía, recientemente remodelada y ubicada en la parte alta de la calle trece al frente de la casa, posiblemente, con más años de la zona. Actualmente remodelada para prestar sus servicios a los más exigente comensales como en las mejores épocas donde las personas con más abolengo y renombre de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, se reunían para tener sus días de campo y recogimiento en las principales haciendas a las afueras de la ciudad, sucesos que ocurrieron hace más de cien años, y que sin embargo, influían en el desarrollo de las problemáticas que continuaban haciendo eco dentro de los pobladores de esta zona por su misma condición comercial, basuras, indigencia, robos, peleas, música alta, ruido, etc., todos los males de una ciudad caótica contemporánea, pero con un aire a pueblo de montaña. Entramos en una panadería a comer buñuelo con *colombiana* y

aproveché para echarle aire a una llanta a la que se le bajó. Con el estómago lleno, seguimos a pie durante un rato llevando las bicis en la mano, casualmente nos encontramos con gente del José Félix Restrepo en una casa de corte colonial bajando por la calle once, plagada de techos altos y un aire frío que me hacía recordar las casas del centro histórico de La Candelaria. Estábamos atravesando la historia de una calle a la otra, contemplando la casa principal de una antigua hacienda convertida en colegio.

— Vamos para la fiesta.

— Tenemos que bañarnos primero y allá les caemos.

Pero nos convencieron de no esperar tanto. Igual era domingo, qué importaba echarse agua el séptimo día en que se debe descansar del todo según los cristianos.

Al llegar nos recibieron con dos vasos de refajo y de a plato de lechona. Pronto olvidáramos las ciclas por dos cervezas. Nos quedamos de pie viendo las orquestas en tarima, y al cura regodeándose con aguardiente adulterado de alguna de las licoreras populares que lo adquirían en el centro sin saber su calidad. Por un momento, levanté la cabeza para reconocer cada una de las construcciones, veía un sin número de historias pasar al frente de mis ojos, así mismo viendo los borrachos y pensando en los años que Catalina y yo llevábamos acá. No dejaba de pensar que este era el último eslabón de la historia de una Bogotá sumergida en la necesidad de una urbe a punto de ampliarse, la última frontera, la última estación del metro de mulas, la última parada del recordado e innovador Trolí, el sitio de recreo de la clase más privilegiada de la capital del siglo

pasado, el encuentro de la vida rural y vida urbana hacia el sur de la ciudad. Hoy, poco de eso había cambiado.

La lengua de todos se había soltado después de unos vasos de guarapo y cerveza, corrían los ríos de chisme, críticas y adulaciones hipócritas. Cuentos, anécdotas, historias reales, otras ficticias y uno que otro afecto de verdad de una comunidad que ya no vivía tan en comunión.

Nos quedamos hablando con don Chepe, viejo amigo de mi abuelo hasta que se pelearon por mi abuela y se volvieron a amigar el año antepasado cuando debieron ayudarse en el desbordamiento del río. Antes de pelearse, en su juventud, trabajaron en la construcción del puente de la carrera 8va, y el día de la inundación, se cayeron unas casas pero nada le pasó al puente, esto hizo como si su amistad se fortaleciera en esa estructura. Llegaron a acompañarnos otros vecinos y don Chepe ya no quiso hablar más. Todos estaban de acuerdo que todo tiempo pasado fue mejor, menos los adolescentes que no se despegaban del Whatsapp. Nos fuimos a una cantina desde donde se veían los rieles del tranvía:

— Sí, el tranvía - Dijo don Jacinto - Yo me acuerdo que después del bogotazo no volvieron a pasar.

— Pero igual, donde nos montemos, nos arruman.

Dijo un señor al que le decían Minitipo y que estuvo preso algunos meses en la Cárcel Distrital. Era torero de feria, estuvo entre rejas por una pelea en la que le enterró una banderilla en el culo a otro hombre que lo acusó de robo. Yo era niño, pero todos nos enteramos porque los policías lo pasearon por el parque en pleno veinticuatro de diciembre.

Catalina se prendió a las once y ya nadie nos gastaba.

— Dejé la plata en la casa - Le dije.

Me tenté a empeñar la cicla, pero cuando la vi, olvide el tema. Desde que salía con ella era más deportista que borracho y había dejado de fumar por completo. El amor era una excusa para no desbordarme. La bicicleta era una pasión que me rebosaba. Mire a mi cicla y la quise mucho.

— Mejor no.

Me dije, y recordé cuando de niños vendíamos los tornillos que robábamos de los rieles del viejo tranvía. Dejé de pensar en tentaciones pues Mariana llegó con Jason a gastar un petaco de cerveza. Catalina no le gusto que mi ex novia se sentara con nosotros en la misma mesa y me miró en celo. Su mirada me hizo sentir bien. Alfa, macho, querido y frágil porque una parte de mí, necesitaba siempre de las mujeres. La claridad del día, su recorrido, el esfuerzo físico y la respiración, se oscureció con los tragos y quise irme:

— Mañana vamos al velódromo para no encontramos tanta gente que nos emborrache - Dije en voz alta.

— ¿Qué? ¿Qué? — Me dijo Cata— ¡¿estás hablando solo?!

— Perdón.

— Ya estas borracho, cuando estas borracho es que me empiezas a decir Cata.



Foto: Alan Fernando Solano

SOÑANDO ENTRE NUBES

José Andrés Piñeros González⁶

Para contar mi historia debo, como sucede siempre, ir más atrás en el tiempo, a una época en la que yo no era ni siquiera un proyecto. Cada vez que he intentado explicarle a mi hijo de dónde es que viene, me he encontrado con la misma situación: recorriendo los hilos de la memoria familiar y aún más, paseando por la telaraña de nuestra historia. ¿De qué otra forma podría hablarle del color de sus ojos, del huequito en la mejilla, de esa forma de andar tan graciosa?

Este paseo me ha traído respuestas que yo mismo desconocía que andaba buscando: ¿Cómo hacer ante la certeza de bienestar económicos no tan lejanos, cuando

⁶ Ocupó el Quinto puesto en el presente Concurso bajo el Seudónimo: Vaquita. Su autobiografía dice: Naci en la ciudad de Bogotá en el hospital Materno Infantil, el 14 de septiembre de 1991. Pasé parte de mi infancia en el barrio Villa de la Paz. Estudié en varios colegios, entre ellos la Escuela Libertadores, colegio Juan Rey, colegio Nueva Delhi y finalicé mis estudios de básica secundaria en el colegio 20 de Julio. El pasar por varios colegios me sirvió para empoderarme y gustarme el trabajo comunitario y social. En el año 2005 y 2006 ingreso a la Red de Comunicadores y Comunicadoras de San Cristóbal "Red Loma Sur" de la cual hago parte aún.

uno ha comido poco y festejando cada plato? ¿Cómo hablar de piscinas en fincas de abuelos, cuando uno se ha bañado trititando de frío?

Y así resulta que mi historia, antes que nadie supiera que yo iba a formar parte de ella, empieza hace más de 30 años en Medina, tierra caliente (y permítanme una pequeña queja, ¿tierra caliente? Yo que he llegado a creer que el frío era mi mejor amigo porque no tenía forma de despegarme de él), pues bien, mi abuelo materno tenía dos grandes pasatiempos, cultivar y amar a mi abuela. De la primera obtuvo las mejores tierras de la zona y de la segunda, 14 hijos que alimentar. Pero mientras la primera funcionara, pensaba mi abuelo, no tenía por qué preocuparse de la segunda. Y así fue durante muchos años, ¡malditos muchos años que no alcanzaron a que yo llegara a este mundo! Pero debe ser que todo tiene un final, porque al final tanta abundancia -de tierras no se confundan- llamó la atención de alguno de los muchos grupos armados que andaban por allá. Y así fue que se montó tremenda batalla en Medina: de un lado mi familia y del otro la familia Montes, perteneciente al grupo armado que les contaba. Y cómo será la cosa que cuando ellos iban a matar a uno de mis tíos, pues resulta que él sale respondón y mata a dos de ellos... y entonces en venganza nos asesinan a dos de los tíos más jóvenes, y después nosotros a varios de los suyos y ellos a más de los nuestros y...

...y todo acabó como siempre acaban estas cosas. Los hijos de mi abuelo, los que quedaban, deciden irse de allá. Mis abuelos deciden que no, que de allá sólo los sacan muertos, y de allá los sacaron muertos y mi mamá decide

irse para Villao⁷ embarazada de mi hermano mayor y en circunstancias que poco importa; porque nadie debería chismosear sobre la madre de otro.

Pero sí fue una suerte que mi mamá recalara en Villao porque allá conoció a mi papá y en ese momento yo, que ni siquiera había estado en la imaginación de nadie, me convertí en una posibilidad.

Pero nuestra historia, la de mi familia, aún no había dejado de estar ligada a la violencia, a la misma que han conocido tantas y tantas familias, la misma que sirve para explicar mucho de la historia de este país, la misma que deseo que sólo sea algo pasado que yo le cuente a mi hijo y no algo que él tenga que vivir. Y así mi mamá y mi papá tuvieron que dejar el pueblito donde se inició su historia de amor y venir para Bogotá con mi hermano ya nacido, y con menos de un año de vida.

Cuando buscaban sitio en donde seguir aumentando la familia y en donde ver la manera de llevar comida a las bocas de esos hijos soñados, mi mamá lo tuvo claro: "San Cristóbal. En esta ciudad donde el frío es siempre igual, al menos allá recordaré los cerros que veía cuando niña". La falda de la Cuchilla del Gavilán les dio la oportunidad de comprar el primer lote y de tenerlo cerca a la quebrada que se encargaba de proveerlos de agua limpia para el consumo y para las demás necesidades del hogar. Si bien al principio no había nada alrededor de la casa de mis papás, pronto fue creciendo el número de vecinos que llegaban, todos con el mismo objetivo, todos con el mismo sueño,

⁷ Villavicencio, capital del departamento del Meta.

encontrar un lugar en donde empezar una nueva vida dejando atrás historias que, de tan parecidas, a veces uno creería que las confunde.

Me cuentan que esos primeros años fueron buenos, más allá de las dificultades económicas (pero ¿quién está lejos de ellas?). Mi papá trabajaba todo el día, desde bien temprano hasta bien tarde, y además tenía un criadero de marranos en casa. Todos los diciembres se reunía, mi papá, con los vecinos y mataban a uno de los marranos, claro, el más gordito y repartían la carne entre todos. Como les decía y me decían, esos fueron buenos tiempos. Tiempos en los que nació mi hermana y mi segundo hermano, y tiempos en los que nací yo, el más pequeño de los cuatro, el más guapo y el más querido, (modestia aparte).

Y rápidamente todos los lotes de nuestro alrededor se fueron llenando de gente como nosotros, como los demás, y levantaron casas como la nuestra, como las de los demás: con madera, con tejas, con Polisombras, con cualquier cosa que sirviera para engañar al frío y proveer de techo a los hijos que debajo iban llenando de vida esas humildes moradas. Vida que crecía a oscuras porque tener luz en ese momento era un privilegio.

Pero no sólo creció San Cristóbal a nuestro alrededor, más abajo los barrios también se llenaban de vida, allá con carreteras, con alumbrado público, con agua potable. Y de allí escuché una de las primeras palabras que me indicó que, aunque todos veníamos de situaciones parecidas, había algo que nos hacía diferentes: nosotros vivíamos en una invasión.

Pero yo en ese entonces vivía ajeno a esas distinciones, para mí las únicas que existían era si golpeaba más o menos fuerte el balón, si corría más o menos y si tenía la cometa más o menos linda.

Y así pasaron esos años, jugando con mis hermanos y vecinos por toda la falda de la montaña. Éramos más de 15 niños jugando por todos los potreros, a escondidas, -qué fácil era perderse-, a fútbol, no es por nada, pero aun siendo el más pequeño yo era el mejor de mis hermanos; a policías y ladrones, yo siempre escogía ser ladrón, y a congelados bajo tierra, ¿a alguien se le ocurre que pudiera tener otro nombre? En agosto siempre hacíamos volar nuestras cometas, a ver quién la elevaba más alto. Pero el momento más divertido era cuando se toteaba alguna pita y todos los niños salíamos corriendo a buscar la cometa viajera por toda la montaña, ya fuera por los cerros de Guacamayas, por Juan Rey o por Cuchilla del Gavilán. Y mientras perseguíamos a la ingrata, siempre encontrábamos el momento oportuno de recoger moras.

Lo que yo desconocía, al igual que todos mis amigos de ese entonces, es que habían empezado a aparecer organizaciones que hablaban del Parque Entre Nubes. Lo que tampoco imaginábamos en ese momento, era que ese Parque, el espacio que recorríamos y hacíamos nuestro todos los días, la lucha por hacerlo un espacio protegido para el bien de toda la ciudad, del país, de la humanidad, cambiaría nuestra vida, la de toda la localidad y finalmente y profundamente, la mía misma.

Esas mismas organizaciones consiguieron, tras un largo tiempo de demandas, que ese espacio, que era mi casa,

nuestra casa, pasara a ser reconocido como un área protegida y entonces empezó la tarea de reubicar a todas las familias que vivíamos allá. ¡Cuánto los odié en ese entonces! Yo no podía ver la lucha ecológica, la necesidad de preservar un espacio tan hermoso, yo sólo era un niño al que le quitaban su espacio de máxima diversión, su grupo de amigos, su cancha de fútbol, los árboles en los que me mecía, las montañas, el cielo al que ataba mis sueños a mi cometa.

Con lágrimas en los ojos nos fuimos de nuestra casa, levantamos una nueva. Mientras crecíamos no había manera de que el nuevo parque se fuera de nosotros ni que nosotros nos fuéramos de él. No había día en que no nos escapáramos y regresáramos a la misma cancha, a los mismos árboles, al mismo cuadrado de cielo.

Aún hoy, cuando paseo por el parque con mi hijo, años después de todo aquello, años después de haber enterrado a mi padre, años después de haber hecho mía la lucha por preservar el Entre Nubes, años después de haber conocido a esa gente que tanto odié cuando me sentí expulsado de mi casa, años después de haberlos hecho mis amigos y de hacer parte de una de esas organizaciones, aún veo al niño que corría persiguiendo un balón, abrazaba un árbol, jugaba al congelados bajo tierra tiritando de frío y volaba atado a la pita de alguna cometa juguetera.

ERAN ONCE

Pedro Francisco Bernal Galvis⁸

El Divino niño del 20 de julio ya no tiene los brazos en alto, se ha bajado de su pedestal y llora.

Ha presenciado en menos de 24 horas el desfile y la presentación de payasos, mimos, saltimbanquis, zanqueros, embriagados de alegría y transportados en triciclos, patinetas, carretillas y carros de balineras, que desfilan por varias calles hasta llegar a La Victoria. El Divino Niño ha presenciado también en menos de 24 horas, en somnolencia de lunes sin empleo, como cayeron, por disparos a quemarropa, 2 muchachas y 9 jóvenes por asaltar un camión repartidor de leche en el barrio San Martín de Loba. El 30 de septiembre de 1985 el Movimiento Guerrillero Diecinueve De Abril M 19, había destinado un puñado de mujeres y hombres para hacer un asalto a uno de los

⁸ Ocupó el Sexto puesto bajo el seudónimo: *Locke dans Javier. Maestro en Artes escénicas, egresado de La Facultad de Artes de La Universidad Distrital Francisco Jose de Caldas. Director de La Asociación Artística La Zenaida Teatro. Ha incursionado en la dramaturgia con la creación de las obras: Matador, Canelo, Estado de coma, Loma arriba, De remiendos, La aventura de Madame Issoto, Antaño Veridico y la adaptación de varios cuentos. En el año 84 le fue publicado su poema A Nicaragua en La revista Cultural El tizón. Un cuento de su autoría es publicado en la recopilación Las filigranas de perder como resultado de un taller de escrituras colectivas, en el año 2007. En la actualidad pone en escena Antaño Veridico, pieza de teatro gestual inspirada en uno de los relatos del maravilloso Eduardo Galeano.*

destartalados camiones repartidores de leche en el barrio San Martín de Loba, en la zona 4 de Bogotá.

El comando guerrillero había hecho el reconocimiento del espacio, tenía detectado las posibles vías para huir en caso de un impase; conocía de memoria la ruta que hacía cada tercer día el camión portador de la leche. Las medidas preventivas las tenía claras. La debida inteligencia para la acción, arrojaría un nuevo golpe publicitario para el M 19 y otro dolor de cabeza para el gobierno de turno.

El movimiento guerrillero, que tenía un asentamiento de afectos como ningún otro grupo armado había tenido, aprovechó la condición de sentirse jugando de local con sus 11 militantes...la victoria sin haber jugado estaba casi asegurada. El M 19 había planeado lo que sería una acción sin mayor envergadura militar, pues sólo se trataba de rendir al conductor y a dos muchachos que haciendo muestra de atletas, construían racimos de 10 bolsas de leche en cada mano y salían a correr de tienda en tienda, *sacándose la leche*.

El día anterior al asalto, un grupo de artistas, filósofos, profesores y comunicadores sociales, planearon hacer un recorrido por las calles del Suroriente bogotano, para visibilizar la organización cultural y artística a la cual le estaban atizando los ánimos como opción artística y cultural en los años 80. El barrio La Victoria se sumergía en los fulgores de la fiesta, en La primera Ciclo Ronda de la Alegría.

Los convocados para ser parte de este comando guerrillero eran 11: justo los once para defender la espalda de los otros, los once para atacar, los mismos once para meter un gol y celebrar bañados en leche.

Muy cercano al comando y a varios hombres de mando, estaba Lucas. Un hombre que a punta de lengua convencía a cualquier serpiente. Lucas tendría información privilegiada y conocía la forma de llegar al corazón de una organización guerrillera, que existió y resistió gracias a las confianzas y a la creencia en los afectos.

El comando guerrillero dio las coordenadas, aclaró las mínimas medidas de seguridad para el operativo "cívico militar". Por separado en cada una de sus casas, los 11 combatientes durmieron con la ansiedad del día por llegar. El grupo estaba dividido por parejas y de forma individual para rendir con un revólver al conductor, neutralizar a los dos ayudantes, bajar bolsas de leche, campanear y gritar las consignas.

Algunos de los integrantes, incluso habían hecho trabajo de campo y por circunstancias del entrecruce de las suertes, uno de ellos había pasado ese último domingo del mes de septiembre por el barrio La Victoria frente a la papelería Macondo. Allí se había instalado una tarima para recibir a los artistas que se presentarían y para premiar los mejores vestuarios, los carros más creativos, los personajes mejor compuestos.

La euforia se generaliza. Los niños a carcajadas repletan baldes y vasijas con bolsas de leche, mientras que los

ayudantes del camión, piden ser liberados para entregar con sus amplias manos, racimos de bolsas de leche. Las madres comunitarias que alcanzan a escuchar la algarabía, salen en manada y mandan a traer costales, bolsas de basura, ollas y fondos. El vecino que lleva su mercado ambulante y humilde para vender en una carretilla, busca la manera que se le guarden, desocupa la carretilla y la repleta con bolsas que son llevadas por una de las calles empinadas.

Los 11 están a punto de hacer el gol, el asalto está a punto de culminar, el comando está a punto de coronar. Las mujeres que se han acercado quisieran tener de amante a uno de esos muchachos, las madres los besan y les agradecen encomendándolos al Divino Niño, incluso algunas dicen que asistirán durante ocho domingos a la iglesia del Divino Niño en el 20 de Julio, para que les haga el milagro de tenerlos con vida y protegerlos. El barrio y los vecinos terminan coreando las arengas con las cuales los jóvenes se comunican y templan nervios.

Lucas hacia los últimos apuntes para dejar intacta su tarea. Nombres, ubicaciones, enlaces, sitios estratégicos de La Localidad. El mapa completo de la zona estaba aprendido de memoria y sobre él, los nombres de los barrios aparecían con un alfiler de cabeza roja, en señal de reventar a cualquier persona inocente o comprometida.

Con la pulcritud y la alegría que le deparaba entregar más muertos que vivos a todos los 11 y con eso sellar su inminente ascenso, Lucas se levantó con el pie derecho, él lo sabía, jamás lo haría con el izquierdo, pues su tarea era precisamente reventar a cualquier izquierdo.

El M 19 en instantes tendrá en su historial otra audaz acción. Mañana los periódicos hablarán de ellos en primera página, en la tarde un hombre con mando y voz ronca se atribuirá el hecho, las emisoras, Ejército, policía, F-2. B-2, y bastantes agentes de civil se desplegarán por la ciudad para dar con los autores.

El batallón militar silencioso, ha empezado a rodear y acordonar diferentes barrios de la Zona de San Cristóbal, Tunjuelito, Usme, Uribe Uribe, Antonio Nariño. En Juan Rey, 20 de Julio, Diana Turbay, San Isidro, el cerco avanza sigilosamente hacia los muchachos; mientras que en Malvinas, Guacamayas, La Victoria, Canadá Güira, San Miguel y el propio San Martín de Loba, agentes de civil se han apostado en las terrazas de diferentes casas. Por entre las cuerdas que sostienen calzones, chaquetas, sábanas y tendidos atiborrados por las meadas, se asoman los cañones de fusiles sostenidos por francotiradores, que contienen la respiración para evitar las ganas de disparar. Cada uno apunta con paciencia a todo lo que se mueva, sobre todo si lleva una bolsa de leche en sus haberes.

Isabel Cristina también trató de correr, buscar la salida, encontrar donde esconder la vida. Corriendo alcanzó a llegar al barrio Bochica Sur. Una puerta abierta le da la posibilidad de esconderse y guardar la espalda. La dueña de casa, la señora Mélida Quintero, de inicio quiere sacarla corriendo, pero viendo la tembladera con la que venía, decide ayudarla. Los efectivos lograron ubicarla y de inmediato acordonaron el sitio.

Doña Mélida hace las veces de garante y facilitadora en un dialogo que se entabla entre Isabel y el piquete de soldados que están apostados en cada casa vecina. Isabel afirma que ella se entrega siempre y cuando le respeten la vida y tenga las garantías judiciales del caso. Los soldados a través de su vocero, se comprometen a respetarle la vida y a garantizarle sus derechos fundamentales. Mélida Quintero motivada por la necesidad de preservar la vida de Isabel Cristina, vuelve a subir las escaleras que la llevan a la terraza. Desde allí dialoga con los efectivos que parecen estar colgados a las cuerdas de ropa, como prendas arrugadas listas para ser tostadas por el sol. Mélida le ofrece un vaso de agua a Isabel y le dice: "Mijita vaya... entréguese que ellos no le van a hacer nada"

Isabel Cristina revuelve su mente, sin explicación, la imagen de Lucas como sombra aterradora asechando su destino, la hace presagiar el encuentro desollador con la tortura o el hallazgo inminente de la muerte. Baja hacia el primer piso. En ritual valeroso, va recordando las sonrisas de las gentes recibiendo las bolsas de leche, sonríe. Al llegar a la puerta donde creyó encontrar el umbral de la vida, sube los brazos y aún en la mano izquierda sostiene el revólver. Avanza hacia la calle y allí confiada, presintiendo que la traición avanza, de todas las esquinas, terrazas, andenes y alcantarillas, salen disparos de hombres, que encuentran como destino el cuerpo de una mujer por cuyas venas ya no corre la hirviente sangre, sino la congelada y pálida leche.

En otra de las calles del barrio Bochica, caminan tratando de pasar desapercibidos Martín y Lucho. Actúan para no llamar la atención en medio de uniformados que corren y buscan. Entre la algarabía, un hombre de civil grita: *Esos son los otros dos*. De inmediato varios hombres de civil con brazaletes del F-2 caen sobre los muchachos, los tiran al suelo quedando envueltos en la maraña de patadas y puños. El nudo de golpes es interrumpido por otro efectivo que pide a sus colegas quitarse de la escena. Cuando los presos han quedado para el deleite del agente, éste, descarga a quemarropa varios tiros sobre el cuerpo de uno de ellos.

Martín y Lucho recibieron 19 disparos, el mismo número con el cual juntos habían soñado. Ellos sabían que La Victoria estaba lejos y que por ello había que echar para abajo, hacia La Esperanza. Sabían que en definitiva ya no alcanzarían a Los Libertadores, porque las calles de La Belleza se estrechaban en La Gloria, tratando de alcanzar una bolsa de leche.

José y Hernando cayeron en Usme. Más adelante en las pesquisas judiciales, sus nombres quedaron como muertos en combate, rodeados por un arsenal de armas que nunca portaron para el asalto. Sus cuerpos recibieron disparos a menos de un metro.

La misma suerte recibieron Yolanda y Arturo. A los segundos de haberse escuchado los disparos que acabaron con las vidas de Martín y Lucho, por otra de las calles del barrio Bochica, corren Yolanda y Arturo quienes reciben

tiros certeros por la espalda. Primero cae Yolanda, quien trastabilla y trata de aferrarse a los pasos de Arturo. Arturo enreda su cuerpo con el asfalto, mientras en su arrugado rostro de niño, se perfila el afán por ver un país diferente. Arturo Muere como Siervo Sin Tierra, soñando con un puñado de tierra y una bolsa de leche.

Javier, José Alberto, Jesús y Francisca logran salir de San Martín de Loba. El caño que como vena acompaña la vía destapada que conecta a San Cristóbal Con Tunjuelito, sirve para que los cuatro puedan escapar hacia la parte de abajo. A la altura del barrio Diana Turbay logran subirse a una buseta. En los asientos de atrás, como músicos sin voz, mastican el silencio. En medio de los tiros han logrado escapar del embudo que habían formado los más de quinientos efectivos empleados para esta operación.

La buseta frena abruptamente, los pasajeros que no pasan de más de quince, se bambolean y al momento de hacerle el reclamo al conductor, un hombre bien afeitado y de corte de cabello cuadrado, a lo argentino, sube a la buseta portando un revólver en la mano derecha. A los pasajeros les dice que nadie se mueva. Una explosión sacude la buseta. Esquirlas de insultos de todos los calibres salen de las bocas de varios uniformados. Los asientos de atrás quedan impactados por las balas, luego de haber atravesado los cuerpos de Javier, José Alberto, Jesús, y Francisca.

Al M 19 lo fueron debilitando al irle quitando las mujeres y hombres que hicieron de la creatividad y los afectos, un acto de combate. Esos mismos afectos hicieron que Lucas el sargento Bernardo Alfonso Garzón lograra infiltrarse

en el M y de sus manos saliera finita, toda la información necesaria para que esta acción guerrillera fuera un fracaso. Lucas construyó con el tejemaneje de la inteligencia militar, los hilos perfectos para que el 30 de septiembre con el sabor a leche cortada, surgiera la traición.

El precioso líquido que en este país ya no es la sangre, se desvanece con el color blanco hasta dar el tono del rosado de la muerte. El busca su cauce por las venas de la historia del suroriente de Bogotá, la capital colombiana. El precioso líquido como le llaman a la leche, ha servido de trampa para acabar con los 11 y de ahí hacer que la zona 4 se torne gris, de lunes sin empleo, más fría que siempre y sin leche para acompañar el chocolate, que a nombre del Divino Niño del 20 de Julio, los domingos se reparte.

UNA PLAZA LLENA DE HISTORIAS

Edwin Suárez⁹

James está ansioso, ha estado toda la noche esperando este momento. Son las cinco y 40 de la mañana y en cinco minutos el celador abrirá la puerta de la plaza para que ingresen los escasos comerciantes que le han madrugado a este sábado resplandeciente.

Los minutos parecen eternos. Los cinco grados de temperatura de la gélida mañana traspasan los abrigos, pero son opacados por la emotividad y efusividad que caracteriza a los vendedores de la plaza. James, en su ir y venir demuestra una impaciencia que contrasta con la tranquilidad de don Saúl Millán, el parsimonioso vigilante que mientras saluda va abriendo candados, como si quisiera darle tiempo a su reloj. La plaza de mercado del 20 de Julio empieza a despertar.

El estado del clima promete un gran día. El cielo se ha convertido en una inmensa paleta de colores que mezcla perfectamente el rojo, el blanco, el amarillo y el azul. Hoy, los cerros orientales son testigos de un hermoso amanecer



Foto: Camilo Ramirez

⁹ Ocupó el Séptimo puesto en el presente Concurso bajo el Seudónimo: Mechasuelta. Es un llanero nacido el 25 de Julio de 1989. Llegó a Bogotá en 2007 con el objetivo de estudiar comunicación social - periodismo en la Uniminuto, se graduó en 2013. Ese año, antes de graduarse, estuvo de intercambio en la ciudad de Santiago e hizo práctica profesional en CNN Chile. Ahora siente un gusto especial por la historia y la política. Sueña con ser gobernador de su departamento, Vichada. A veces ejerce el periodismo.

que solo pueden ver quienes madrugan, o como James que están a punto de irse a dormir.

A las seis de la mañana todo debe estar listo para empezar una jornada más en la plaza de mercado. A esa hora se abre, primero, la puerta principal, y por eso algunos de los 256 comerciantes, una tercera parte, llegan 15 minutos antes a dar los retoques finales a sus puestos; 357 que en total tiene la plaza.

James parece tener claro que su nombre se debe a alguien que goza de buena popularidad y por eso se hace notar. En solo siete minutos recorrió cada uno de los rincones del recinto. Al verlo, o sentirlo, los desprevenidos gatos hicieron maromas para evitar ser alcanzados por su enemigo natural, el perro. Él es la mascota de la plaza hace por los menos dos años. “Se ha quedado encerrado varias noches, y una vez amanecieron muertos como cuatro gatos, James los mató”, recuerda don Jorge Martínez, el asistente administrativo y operativo de la plaza. Espantar gatos es la última tarea que James realiza antes de desaparecerse por unas horas del mercado; regresará nuevamente en la tarde para empezar su noctámbula rutina.

El sábado se ha convertido en el día más importante en la plaza del 20 de Julio. Una variedad de productos, que representan el campo colombiano, está a la disposición de cientos de visitantes. Esta plaza, como cualquier otra en Colombia, representa la diversidad alimentaria y la geografía de un país que fácilmente pasa del trópico al páramo y de lo exótico a lo tradicional.

Para ese día, además de los habituales comerciantes que hay en la plaza entre semana, de diferentes municipios del altiplano cundiboyacense, llegan campesinos a vender el esfuerzo de su trabajo, productos que vienen directamente del surco al consumidor. Son 69 campesinos que desde las cinco de la mañana empiezan a arribar con sus productos. Los últimos en llegar, a las siete, son los que vienen en la chiva proveniente de Ramiriquí (Boyacá).

Ellos están ubicados en la parte trasera del recinto, y “es como un centro de acopio – me dice don Jorge Martínez – donde muy temprano llegan los comerciantes de la “nave principal” – como él llama al módulo principal – a comprar productos para abastecer sus puestos”.

Guillermina Barón trae sus productos del municipio de Cóbbita (Boyacá) y ha estado todos los fines de semana en el 20 de Julio por más de 50 años, 40 de ellos en la plaza. “Yo estoy viniendo desde mucho tiempo con mi madre acá... tenía como unos siete 4 añitos”, me cuenta mientras organiza las 600 arepas que venderá antes de terminar el domingo.

Ella hoy tiene 63 años, y no sólo heredó el trabajo de su mamá, también sus clientes. La plaza ha sido testigo de la cita comercial de tres generaciones: abuelos, hijos y nietos; entre vendedores y compradores. Como Guillermina sabe que a las seis y media de la mañana las cuatro puertas de la plaza ya estarán abiertas, y yo la entrevisto a las 6:20, me advierte que podremos conversar máximo 10 minutos. Sin embargo, hasta las 7:30 de la mañana los pasillos del mercado son transitados principalmente por los vendedores, y uno que otro comprador. Los visitantes

aumentan circunstancialmente después de las ocho de la mañana.

La plaza de mercado del barrio 20 de Julio tiene una particularidad frente a las otras 18 que tiene el Distrito y que son administradas por el Instituto para la Economía Social (IPES), es su cercanía con el santuario del Divino Niño, hace que ésta sea rentable para los vendedores, y la segunda más comercial después de la del Restrepo. "Su cercanía - me dice don Jorge - hace de que en los días de romería, que son los domingos y los sábados, a la plaza ingrese bastante gente".

Ya es casi el medio día y la plaza está en su mejor momento. En el segundo piso, los restaurantes no se dan cuenta cuando dejaron de vender desayunos para vender almuerzos. En promedio, cada puesto de comida, que no tienen más de cinco mesas cada uno, recibe unos 100 comensales. Entonces, un sábado o un domingo los 18 restaurantes venden casi dos mil platos de comida.

El clima hoy favorece los locales que se dedican a la venta de jugos y ensalada de frutas, el sofocante calor no incita a otra cosa que una bebida refrescante. Además, por estar justo en la entrada principal, y la amabilidad de sus meseras, es imposible pasarlos por alto. "Siga monito, bienvenido, que va a tomar, hay ensaladas, jugos, cómo lo quiere, déjese atender", me dice una de las niñas mientras me detengo a observar una de las bombonas de cristal, que adornan los mesones, llena de cangrejos vivos que intentan escapar para no terminar licuados en un jugo con vitaminas.

Durante las doce horas que dura abierto el recinto, la actividad no se detiene un segundo. Los únicos que no se inmutan son los patronos de la plaza: El Divino Niño, en su altar de la entrada, mirando siempre al techo; la Virgen del Carmen, en su altar en el fondo del pasillo principal, mirando al piso. Ambos han estado en su lugar desde aquel agosto de 1974, cuando se fundó la plaza. "Plaza de mercado que se respete tiene su virgen - agrega el señor Martínez, mientras sonríe - es lo primero que se compra antes de construir la plaza".

Antonio Vargas tiene una venta de yuca en el local del costado derecho de la virgen. Cada sábado, cuando llega, lo primero que hace es cambiar la capa que la María lleva puesta. "Hoy le tocó la de Colombia - me dice Antonio -, tiene 17 capas, le compramos una cada año". Ella misma, con la plata que le dejan los feligreses en el lamparario, se paga la nueva capa que compran una semana antes del 16 de julio. Las limosnas de un año pueden sumar hasta ocho millones, de ese mismo dinero se cubren los gastos para realizar una procesión por el barrio, en su día, y las mejoras que se han ido realizando en su altar.

Antonio le atribuye varios milagros a esta Virgen del Carmen. El más reciente se lo hizo a él. El martes de esta semana tuvo una operación del corazón, y su pronta recuperación se presentó - dice - después de habersele encomendado a ella. Ahora debe cumplir su promesa. Otro devoto de la virgen es Gilberto León, el representante de los comerciantes ante el IPES. Sin embargo, a éste, ésta no le ha hecho el milagrito deseado: erradicar los vendedores ambulantes que por décadas se han ubicado en la carrera

sexta, y que según dice, generan inseguridad, desorden e impiden el ingreso de los transeúntes a la plaza de mercado.

La actividad comercial del señor León es la venta de toda clase de productos para animales domésticos. Entonces, por derecho propio es el encargado de alimentar la mascota de la plaza.

Después de su siesta, hacia las cuatro de la tarde, James aparece en escena. Reclama su comida, y empieza su vaivén por cuanto pasillo encuentra. Se hace querer de todo aquel que se atraviesa en su camino. Él también se siente a gusto en la tiendita de cerveza donde los trabajadores del gremio de las carnes se regocijan después de su jornada, jugando a la tapita.

A las seis de la tarde la plaza del 20 de Julio tiene sueño. A esa hora se cierran las cuatro entradas del lugar. Los vigilantes tienen la orden estricta de desalojar a todo el mundo y no permitir el ingreso de nadie. En una hora los comerciantes ordenan sus puestos, y tres aseadoras limpian la mugre que durante el día acumuló el gran patrimonio cultural inmaterial de la localidad de San Cristóbal.

Después de las siete las luces se apagan y la oscuridad se apodera de la plaza. James recorre los alrededores de la plaza mientras espera, ansioso, el nuevo día.

LOS CARROS ESFERADOS RUEDAS DE BALINERAS EN EL TERRITORIO DEL FUCHA

Hugo Fernando Rodríguez Garzón¹⁰

Como es sabido, por algunos habitantes de la localidad de San Cristóbal, hace más de cinco décadas que aparecieron los “carros esferados o de balineras”, en este territorio.

Estos inicialmente fueron construidos en distintos talleres de carpintería de las ladrilleras de aquel entonces.

Eran pequeños, para que los guiaran los chicuelos hijos de los trabajadores en las carreras que se hacían los días de celebración de las diferentes festividades sociales, culturales y religiosas que existían en los meses del año, entre otros los del tres de mayo, día de la Santa Cruz o día de la Virgen María.

¹⁰ Ocupó el Octavo puesto en el presente Concurso bajo el Seudónimo: El Ángel Negro. Técnico en artes plásticas, homologué en la Escuela Artes Y Letras. Promotor de derechos humanos, líder social y comunitario, consejero local de cultura en el área de las plásticas, comisionado de los encuentros ciudadanos 2008- 2012 por cultura, comisionado al POT distrital a la mesa ciudad región y globalización y ex veedor de proyectos del hospital San Blas II Nivel. Leer y escribir son mis pasatiempos, además de esto me gusta empoderar a las comunidades, para que se reconozcan y entiendan donde están y puedan interactuar con la institucionalidad.

Con el transcurrir del tiempo, estos carros de balineras llamados “carros esferados” por las gentes, toman un valor de servicio y desvare¹¹ para algunas comunidades de San Cristóbal.

Los jóvenes de aquellas épocas, tan recordadas y añoradas por quienes las vivieron, se dan a la tarea de construir “carros esferados” más grandes; pero por su tamaño y peso, que era más largo y ancho, aún más cuando iban cargados, se necesitaba de dos personas que empujarán, para que rodara: Una que iba en la parte delantera del “carro esferado” jaloneando de la mitad del lazo, ya que sus dos puntas iban sujetas al eje que servía de timón; la otra persona en la parte trasera del carro esferado empujando a la par. Se construyeron las patinetas de dos y tres ruedas de balineras. Estas eran usadas para el esparcimiento, la diversión y pequeñas competencias de niños, niñas, jóvenes y jovencitas.

Ahí en la carrera Décima, entre calles 27 y 22 sur, parqueaban los camiones los domingos desde las cero horas. Llegaban de diferentes partes del país cargados de bultos de papa, yuca, plátano, zanahorias, ahuyamas, cebollas, mazorcas, frijoles, verduras, frutas, maíz y toda clase de productos agrícolas, así como gallinas, pollos, panela, etc., para ese día de mercado ser comercializados por los vendedores de la plaza de mercado de la Calle 27 Sur, quienes contrataban por uno, tres y hasta cinco peso a los dueños de los “carros esferados”, para que les llevaran sus

¹¹ De empleabilidad. N.E.

productos que habían negociado, hasta su puesto de venta y así venderlos a la comunidad.

Ya instalados los puestos con sus mercados, a eso de las seis de la mañana, se iniciaba la venta con la gritería de los vendedores *plazunos*. Unos vociferaban: *Se las tengo frescas... las lechugas*. Otros: *llévelas baraticas las panelas, ya vienen rajaditas. Promoción de papayas, pague dos y lleve tres; fresquitas, dulcecitas, recién cogiditas de la mata*. Los ayudantes de los “carros esferados” se unían a la gritería: *Acarreos padre, dentro de la plaza y fuera*”. Hacían su aparición las damas, llegaban a comprar lo de plaza, venían acompañadas de sus esposos, hijos y familiares.

Las señoras relucían llevando puestas ruanas, pañolones, chales, de colores rojos, blancos, cafés, negros... y bien coloreados sus rostros. En sus cabezas no faltaba el sombrero o la pañoleta rabo papagayo.

Los señores muy cachacos, puestos sus vestidos de tres piezas: pantalón, chaleco y saco, camisa blanca, calzonarias; sus zapatos bien lustrados. En la cabeza su sombrero de marca *Barbicio* y la pluma de loro, faisán u otra que se dejaba ver a un costado de éste.

Los niños y jóvenes vestían pantalón corto hasta las rodillas, con pechera y tirantas a la espalda, camisa de mangas cortas, zapatos de caucho y medias hasta cerca de la rodilla. El peluqueado semicalvo, con un mechón de pelo al frente de la cabeza, como un capul; este era el famoso peluqueado “**Humberto**”. En el cuello sobresalía el “**pata pata**”, que eran dos cordones de lana de dos colores diferentes, que se entrelazaban entre sí.

Canastos grandes, medianos, pequeños, de color rojizo y amarillo, iban de la mano de las señoras y comerciantes, para echar sus compras de plaza.

Subían, bajaban, por la derecha, por la izquierda, por la apretujada Calle 27 Sur, que servía como plaza de mercado los domingos. Los “carros esferados”, sus ayudantes, no paraban de gritar promocionando su trabajo y cada vez sus gritos eran más frenéticos y secos: *Acarreos padre, acarreos padre... llevamos sus canastas, bultos hasta la puerta de su casa prontico...*

El servicio de acarreo costaba al barrio Primero de Mayo dos pesos, a Santa Ana Sur 3 pesos y al Calvo Sur o Villa Javier entre 4 a 5 pesos.

Cada domingo, día de mercado, se podían enumerar hasta treinta “carros esferados”, todos ellos pintados de diferentes colores: rojo y negro, blanco y azul, amarillo y blanco, verde, en fin, y el escudo de algún equipo de fútbol colombiano. El de Millonarios, Santafé, Nacional, el Cali, el América, etc., según de quien fuera su dueño hincha. Igual llevaban adornos como cadenas, bombillos, cocuyos y algunos estaban a la moda, de ese entonces, llevando radio transistor con parlantes en un lugar estratégico, para que no se dañara. Otros les resaltaban imágenes de algún santo - según fuera la devoción de su dueño- o bien podría ser el crucifijo, la Virgen María, el Divino Niño, o cualesquiera otro. Además, en letras grandes, bien coloreados, en los costados llevaban el nombre con que lo habían bautizado o el alias del dueño. De esta forma se podía leer: el Chispas, el Extranjero, el Meteoro, el Grasoso, el Cachón, el Ángel

Negro, el Enfermero, la Ambulancia, el Tira Tira, Si me tocan grito, la Bruja, el Risitas y otros.

Un domingo de mercado de tantas, entraron dos “carros esferados”, a la Iglesia del Divino Niño Jesús, conducidos por sus dueños y ayudantes, para que el señor Cura de turno, que administraba la Santa Misa los bendijera, para que les socorriera más acarreos, les fuera bien y los protegiera de cualquier accidente. El Ángel Negro, que iba adelante del Cachón, golpeó a la multitud de feligreses que se encontraban dentro del recinto del templo, produciendo un gran malestar entre todos los fieles: hubo confusión, gritos, atibórreos; desmayos, raspones, pérdida de relojes, zapatos y carteras.

Por este acontecimiento tan supremamente bochornoso tanto para la Iglesia y los fieles, se tomó la decisión, de parte de los señores clérigos, en reunir a todos los “carros esferados” para bendecirlos, cosa que se hizo con bastante prontitud.

Los “carros esferados”, tenían mucha actividad de servicio de transporte todos los 12 meses: bajaban cargados de tierra negra, ramas de eucalipto, musgos, quiches, laurel, etc., del barrio Juan Rey, donde los dejaban parqueados y luego cargados con estos diferentes productos que extraían de los cerros orientales para ser comercializados y vendidos antes de la partida. Para llegar de nuevo a la parte baja de la localidad, se hacían las respectivas apuestas entre los conductores de los “carros esferados”, que consistía en *un buen piquete de gallina, papas chorreadas, yuca, chorizo, morcilla y bastante aji; picante con dos o tres petacos de cerveza y guarapo bien fuerte*, y quien llegara con el “carro

esferado" de primero, era el feliz ganador, pues no pagaba nada, ya que el costo del piquete se repartía entre los otros 8 y hasta 10 apostadores. Ya la carga bien amarrada a los "carros esferados", se emprendía la carrera de bajada; era una competencia aguerrida de desafío a la muerte.

Estos "carros esferados" rodaban a velocidades sorprendentes por el peso que llevaban y quienes los conducían, los impulsaban con mucha más fuerza de lo normal, con el ánimo de ganar y estar primero en la meta. Se metían en contravía, se atravesaban, peligrando que fueran destruidos y que sus conductores sufrieran un accidente grave, bien fuera por las ruedas de algún camión que bajaba cargado de ganado o plátano de los Llanos Orientales o de una flota intermunicipal de Expreso Bolivariano o La Macarena o cualquier vehículo de motor.

Gracias a Dios y a la Virgencita que nunca ocurrió una catástrofe que pasara a mayores.

Sí, en ocasiones hubo algunos accidentes, por la ruptura y el calentamiento de alguna balinera o el desamarre de la carga. Esto ocasionaba a sus conductores la pérdida del premio, y a cambio se ganaban raspones, tronchaduras y mal genio, pero a la final todos comían y se embriagaban de licor.

En los diferentes bazares y carnavales que se festejaban en la localidad de San Cristóbal uno de los más apetecidos y esperado era el del 20 de Julio. Los "carros esferados", rodaban por las calles cargados de canastas de cerveza, de gaseosa; de carpas y palos para armar los toldos; bultos de papa, racimos de plátanos; carbón de palo, hornillas, calderos, toda clase de losa, menajes; carne, morcilla,

asaduras, en fin todos los ingredientes para dar inicio a tan anhelado evento.

En el Grasoso -nombre que le habían puesto a uno de los "carros esferados"- iba el marranito que iba a ser enjabonado, amarrado de sus cuatro patas lo desfilaban por la carrera sexta. Las gentes que estaban apostados a los lados de las calles disfrutando de tan magno evento gritaban: *Suelten el chanco, suelten al cerdito...* Un parroquiano coreaba: *ese va a ser mío*. Otro que estaba al frente le contestaba: *no señor, no se me adelante, ese es para mí, ya lleva mis marcas*, y una señora les gritaba: *es mejor que se lo repartan para que no se vayan a pelear*. Este era el juego, que consistía, ya en horas de la tarde del domingo, finalizando el bazar, después de terminar con la vara de premio, en soltar el marranito enjabonado, en medio del gentío y quien lograra agarrarlo, era el dueño. Tenía el derecho a llevárselo y hacer lo que quisiera con él.

Era muy difícil capturarlo, por lo que al pobre animalito primero lo afeitaban, luego lo embadurnaban de bastante grasa y jabón. Este juego duraba bastante rato. No se permitía, para cogerlo, utilizar cuerdas, lasos, trapos, nada, debía ser a mano limpia.

Antes de que se construyera la plaza de mercado del 20 de Julio, en este lote las comunidades que habitaban a sus alrededores tiraban toda clase de desechos y basuras, ahí se acumulaban cualquier cantidad de tarros, canecas de lata, donde venía la leche en polvo, las galletas, las sardinas, pinturas, etc. Aún nadie comercializaba con materiales reciclables. Los dueños del isitas, la Ambulancia y el Chispas fueron a la Fundación de nombre "EL CONDOR",

que quedaba sobre la carrera sexta con calle 13 Sur u Orilla Suroriental del Río Fucha y hablaron con el señor propietario don Alberto, para ver si les compraba tarros o canecas de lata para fundirlas y convertirlas en parrillas, para las estufas de combustible de carbón, ya que allí en su empresa se dedicaban a esa actividad. Convinieron que si les compraba toda clase de latas y que el kilo se lo pagaba a diez centavos de peso.

Llegaron a dicho basurero y empezaron a espichar con piedras estos tarros, estos iban siendo empacados en costales de fique, hasta llenarlos, luego estos bultos los acomodaban y los amarraban a los “carros esferados”. Esa era la rutina de todos los días, excepto el domingo. Hasta que acabaron con todos los tarros y canecas que habían en ese lugar. Luego pasaron al basurero del lote donde se construyó el Hospital San Blas II Nivel, luego al basurero del lote donde se construyó el Colegio Tomás Rueda Vargas y así sucesivamente, hasta terminar con todos los tarros y canecas de lata.

En nuestros días es un poco difícil ver un “carros esferados”, como los de esos tiempos, menos una patineta echa en tablas.

Como recuerdo nos queda que cada año la Alcaldía Local, en el programa “Red de Eventos”, y la Fundación Teatral Artífice Inimaginable, en cabeza del señor **HERNANDO MERCHAN**, celebran *Las Balineras Se Toman A San Cristóbal*.

“CIELO ROTO” Historia del Barrió La Belleza

Kevins Castillo Tenorio¹²

Corría el día 23 de febrero de 2015. Me encontraba en la búsqueda de un relato que contar. Ya hacía algunos días había hecho un recorrido desde el vetusto Instituto para niños ciegos, hasta la fantasmagórica casa ubicada en la calle 11 Sur con carrera Séptima, hecha de ladrillos, piedras y leones tallados en su fachada. En esos días, había llegado a golpear más de una puerta en busca de alguien quien pudiera brindarme información histórica de aquellos sitios. Golpee en el Instituto para niños ciegos; recuerdo que me recibieron de buena manera aunque sin pasar de la puerta. Sólo recibí un correo en una hoja de papel, para pedir mi solicitud. Llegué a la imprenta de Bogotá, pero no obtuve más respuesta que: “busque por internet”. También arribé

¹² Ocupó el Noveno puesto en el presente Concurso bajo el Seudónimo: El comisionado. Profesional en Estudios y Gestión Cultural de la Universidad EAN, integrante de la agrupación musical Kholapso y miembro de la fraternidad IMP.FSC. Ganador del concurso de dibujo “Colombia Linda, Colombia Mía” de la Fundación Matamoros; ganador de la beca de Arte Urbana de la alcaldía Local de San Cristóbal 2015; participante en la Fiesta de la Música, embajada francesa, entre otros.

al histórico barrio Villa Javier, en donde la Casa Campesina me atrapó al primer momento, pero tampoco tuve una respuesta positiva, y fue así como termine en la casa de la 11 Sur, donde me dijeron: Vuelva luego. Recuerdo haber acudido a la Alcaldía Local en busca de información que pudiera servir de base para mi relato, pero no fue suficiente, ya que sólo me dieron datos de un diagnóstico local, con cifras. Sin embargo yo buscaba algo más, una historia, detalles de un tiempo pasado, de algún espacio o sitio perteneciente a San Cristóbal. Así que ese 23 de Febrero, abrí mis ojos, observé el cielo azulado, el sol que resaltaba el verde de las montañas, escuché el río Fucha y decidido fui en busca de mi historia.

Mi búsqueda me llevo al Archivo de Bogotá, con la esperanza de que allí si pudiera encontrar detalles, más concretos de San Cristóbal, quería saber de la evolución que hemos tenido, de cómo era todo antes, es decir, de cómo se vivía hace mucho tiempo, cómo eran las personas que forjaron la historia de este territorio que tiene más de 100 años. Solicité varios libros que contaba sucesos que no se me había ocurrido preguntarme antes, muchas historias que mostraban el porqué de nuestra identidad. Pero entre todas esas historias que aún debo profundizar, hallé esta, la del "Cielo Roto" de la Belleza, historia de un barrio que no conocía, o bueno que no conozco profundamente, que he escuchado nombrar y he visto de una manera superficial. No he ido aún a ver como es hoy en día, pero conocí su pasado y me pareció una historia llena de superación, de compromiso, de entrega y lastimosamente de desappropriación, pero es mi percepción personal, quiero

compartirla en estos momentos para que cada uno tenga su propia opinión.

Antes de relatar la historia del Barrio la Belleza, quiero hacer memoria de la Localidad en General, ya que encontré otros datos que pueden ayudarnos a contextualizarnos. San Cristóbal es un territorio ubicado en la cordillera de los Andes colombianos, circundando las montañas, donde algunas superan los 3.500 metros sobre el nivel del mar. La localidad cuenta con tres sectores o partes: la parte baja, donde resido yo, y se encuentran las construcciones más antiguas de la localidad, donde realice mi recorrido primeramente; la parte media, que es donde habita gran parte de la población, y por último que es nuestro territorio clave donde ubicamos a La Belleza, que es la parte alta, alrededor de los 3.000 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura promedio de 12 grados centígrados y un clima de páramo.

Entre 1890 y 1905 empezó esta historia. El suroriente de Bogotá era una zona rural, donde existían haciendas como: La Milagrosa, Las Marías, La Fiscala. Hacia esa época se creó el primer asentamiento residencial llamado San Cristóbal. Posteriormente, en 1915, surgió el barrio San Francisco Javier (Villa Javier), más adelante en 1920 surge el 20 de Julio, y ya para la década de los cuarenta surgen otros barrios como Vitelma, Santa Ana, Santa Inés o Suramérica, así fueron pasando los años hasta que en la década de los sesenta nace en la zona alta rural, La Belleza.

En 1963 Don Pedro Pablo Palacios, un pensionado de la Secretaria de Obras Públicas, nacido en Facatativá (Cundinamarca), llega a este territorio. Su testimonio, con

la de varias familias fundadoras del barrio, son las que sirvieron para la reconstrucción más cercana de la Belleza. En ese año, existían unas fincas llamadas: Valparaíso, Los Pinos y La Belleza. El señor Álvaro Abondano fue contratado por los dueños de las fincas para parcelar y vender. Cada lote tenía un tamaño de 676 metros cuadrados, con un valor que oscilaba entre los 8.000 a 10.000 pesos. Los interesados debían pagar una cuota inicial y el resto a plazos, una vez que las personas habían cancelado la primera cuota les daban autorización para habitar el predio.

Pedro Pablo recuerda que el día que llegó, casi no lo deja entrar el señor Pacho Bolívar, quien era el administrador de la finca, pero una vez adentro en el predio, el mismo día tuvo que levantar paredes y techo con palos, cabuya, cartón y latas. Las personas tenían que permanecer seis meses en el predio para que les dieran posesión, y si alguna persona debía dinero, se hipotecaba el predio y se acordaban las cuotas de pago.

En ese entonces las condiciones eran muy difíciles, la altitud que llegaba a los 3.000 metros sobre el nivel del mar generaba temperaturas entre los 9 y 12 grados centígrados, también la mayor parte de los días permanecía lloviendo y hacía mucho frío, por lo cual sus habitantes decidieron llamar cariñosamente al barrio "CIELO ROTO", según las versiones de Don Efraín, quien también pertenece a las veinticinco familias fundadoras.

La lluvia constante, los fuertes vientos, el frío y la inclinación del terreno, hicieron que las casas improvisadas con palos, latas, cabuya, tela asfáltica y tejas se cayeran;

por lo que según nos cuenta Don Efraín, muy pocas familias se "amañaban". Incluso, algunos niños murieron de frío. Muchas familias después de permanecer durante días o algunos meses, decidían vender y se iban, y los pocos que quedaron se vieron obligados a reconstruir sus hogares con ladrillos o bloques. Algunos, además, pagaron misas en Juan Rey, el 20 de Julio y en el Voto Nacional para que el clima mejorara. En ese entonces las misas eran celebradas con procesiones, pólvora y voladores, claro que dependía del dinero que se hubiera podido reunir. Don Pedro y Don Efraín recuerdan que existían muy pocas casas, el resto eran cultivos de arveja y papa, o terrenos de pastoreo de chivos y vacas.

El traslado de sus hogares a sus trabajos o a otros sitios de la ciudad era muy tedioso, ya que tenían que caminar hasta el 20 de Julio para coger transporte; si el paso era constante y bueno, se gastaban unos 40 minutos de ida bajando, y una hora y media de regreso. En esos días, el barrio no contaba con servicios públicos, el agua era obtenida de una quebrada llamada Varejones (más conocida como El Zancudo) o de algunos nacimientos naturales, para esa época el agua era limpia y cristalina; también se construían pozos sépticos en los predios, y el agua residual era botada en el mismo lote.

Hacia 1970, la energía era transportada por medio de un alambre sujetado a los árboles, desde el barrio Quindío, que era otro barrio en formación. Esta energía era de contrabando por lo que cada familia debía hacer su propia conexión. El neutro era una varilla clavada al suelo y por supuesto, la luz era muy bajita. ¡Al bombillo se le tenía que

ayudar con una vela! Exclamó Don Efraín. Dentro de todas las necesidades primordiales de estas familias, una de las más importantes era el estudio de sus hijos, por lo que los esfuerzos se concentraron en la construcción de una escuela.

Los hijos de los primeros habitantes, iban a estudiar a la escuela veredal de Juan Rey, que ya estaba a punto de caerse. El largo trayecto de la casa a la escuela y la mala estructura, llevó a los habitantes a pensar en construir una escuela en su sector. Don Pedro Pablo, Efraín Forero y Paulino Urquijo, llamaron a Álvaro Abondano, el intermediario que vendió los lotes, para que les diera las escrituras y los planos, para establecer el sitio donde se construiría la escuela. Observando los planos, se dieron cuenta que contaban con una zona verde de 1.014 metros cuadrados, ¡Este es el sitio para construir! Exclamo Don Pedro Pablo a sus vecinos. El gran inconveniente era lo inclinado del terreno, aunque la parte alta del sitio era plana y allí se decidió construir las primeras aulas.

La jornada escolar inicio el 18 de septiembre de 1968 en la casa del señor Juan Vallejo, en un salón donde se encontraban 15 estudiantes de primaria, con una maestra identificada como la señorita "Matilde". La ANAPO (Alianza Nacional Popular), les regaló cuatro pupitres con butacas y sillas en las que de milagro lograron sentar a los estudiantes, mientras a partir de brigadas de trabajo integradas por la comunidad, se construía la escuela.

Para obtener dinero y materiales de construcción, se realizaron dos corridas de toros. La primera fue un éxito total, pero la segunda dio pérdidas, por lo que la comunidad

decidió organizar bazares para reunir los recursos necesarios para construir la planta física de la escuela. Todo este proceso fue lento, tan solo hasta 1971, la escuela empieza clases en su propia sede, en la calle 64 sur No. 10ª-39 este, donde aún continua funcionando. Se inició con una planta física de dos bloques, encerrados con alambres de púa y cinco aulas prefabricadas. Entre 1984 y 1985 se crea el encerramiento en ladrillo de la escuela, a causa de la inseguridad y la incomodidad del ingreso de vacas, gallinas y chivas. Ya para el año de 1991 se construye un segundo piso y en octubre de 1998 se terminó de construir la escuela.

El cuerpo docente y el director Guillermo Montenegro, vieron la necesidad de crear una jornada para secundaria, pues se dieron cuenta que un 80 por ciento de los estudiantes que terminaban primaria, deambulaban por las calles. Es así como en 1996 se inicia la secundaria, con un total de 150 estudiantes matriculados, que debieron asistir a la sede de la Junta de Acción Comunal, que quedaba pegada a la institución educativa, como aula escolar durante un tiempo. De esta forma la escuela se transformó en el Centro Educativo Distrital La Belleza.

El tiempo iba pasando y por el mismo proceso de poblamiento del sector, aumentaron las necesidades de servicios públicos; recordemos que el aumento de habitantes no sólo fue en la Belleza, sino en todo el Suroriente. En la época de los setenta surgieron sectores deprimidos que no poseían servicios públicos, y los pocos barrios que tenían servicios, estos eran de mala calidad.

Esto generó protestas sociales, Don Antonio Galicia, comerciante del barrio, nos cuenta que en 1973 los habitantes del Juan Rey organizaron un paro cívico, donde durante varios días impidieron la entrada y salida de vehículos por la vía que comunicaba a Bogotá con el Llano. La petición apuntaba a una mayor inversión destinada a satisfacer las necesidades de agua, alcantarillado, energía eléctrica y rutas de buses para los diferentes barrios.

Según Don Antonio, fue tan "Duro el paro" que hubo muertos y encarcelaron a más de uno por enfrentamientos con la fuerza pública, o incluso a algunos que no tenían nada que ver con la protesta. Don Antonio fue uno de ellos y recuerda: "Venía de trabajar de Siemens, cuando en la Victoria nos echaron a 140 en un camión, éramos hombres, niños, mujeres, ancianos, cuantos pudieran coger. Llegamos a la estación de Policía de San Cristóbal y nos recibieron a patadas, bolillo, con lo que pudieran golpearlos; en eso cayeron niños y ancianos que no se podían levantar de la golpiza". Sin embargo Don Antonio afirma que este Paro fue decisivo, por la sencilla razón que el Alcalde y las administraciones del Distrito tenían miedo a otro paro, así fue como llegaron los servicios públicos y mejoraron su calidad.

Casi el 90 por ciento de las personas fundadoras del barrio, tienen ascendencia de origen campesino y se refleja en sus hogares y estilo de vida, acostumbrados al duro trajín del campo. Según ellos, el trabajo es la forma de mejorar el nivel de vida de sus familias y superar las adversidades de la naturaleza. La gran extensión de los lotes, les permite

disponer de una pequeña área residencial y una gran extensión para cultivo, muy típico del campesino boyacense. Ana Lucia Amórtegui, docente del C.E.D. La Belleza, recuerda que en 1980, habían estudiantes con vestimenta campesina: ruana, sombrero y botas de caucho. Los padres de los niños invitaban a los profesores a almorzar con grandes porciones de yuca, papa, arroz y de bebida guarapo o chicha.

Debido a su visión sobre la necesidad del arduo trabajo, esto les permitió que se apersonaran de la construcción de su barrio, como la escuela, las casas, las vías, las redes de agua, alcantarillado y energía se construyeron a través de brigadas de trabajo integrados por sus habitantes para brindar mano de obra y obtener recursos económicos, organizando fiestas, bazares y juegos de tejo, como ya dijimos. En los bazares los habitantes del barrio eran los principales compradores, ya que era difícil que vinieran de otros barrios por el aislamiento de La Belleza. Sonriendo recuerda Don Efraín: ¡Ganábamos poco, pero gozábamos mucho!

La politiquería, es decir, recurrir al político para obtener beneficios a favor de la comunidad, no fue ajeno para construir el barrio. Se logró el encerramiento de la escuela y una que otra calle pavimentada, aunque las desilusiones fueron más, cuando se deban cuenta que los utilizaban. Don Pedro nos comenta con enfado: "Uno de los políticos en su visita por el barrio pregunta que necesitábamos. Yo le contesté: no ve, no hay vías, no hay acueducto, casi medio construido y todavía pregunta ¿Qué necesitamos?, claro

prometen tanto que no tienen ni siquiera para “mantenerse ustedes”.

Mientras que los primeros habitantes del barrio, los de los sesentas y setentas, eran oriundos de Boyacá y Cundinamarca, en las últimas décadas las personas que han llegado proceden de todas partes del país. Esto generó un cambio de comportamiento, pues pasó de un lazo de solidaridad y de trabajo para mejorar las condiciones de vida, a la indiferencia de sus nuevos habitantes.

Según don Antonio se debe a que casi ya todo está construido, incluso ya no hace tanto frío. Cambió tanto la vida en el barrio, que entre 1986 y 1993 hubo una época de violencia, llamada “Época de los pájaros”. Originada por una invasión, bautizada paradójicamente por sus habitantes como Villa la Paz, ubicada al norte de La Belleza. Don Antonio afirma que uno que otro habitante de la invasión era bueno, el resto eran ladrones, lo que originó una ola de inseguridad, reflejada en robos y atracos a plena luz del día. Por eso los habitantes del mismo barrio, decidieron organizar grupos de limpieza, entre tres a cuatro personas morían semanalmente, ante las autoridades, imperaba la Ley del Silencio. Don Antonio nos cuenta que todos merecían morir por lo mala gente. Todo iba bien hasta cuando mataron a “El Paisa”, un comerciante al que todos querían y respetaban por su solidaridad con los demás, también mataron a un muchacho trabajador, por lo que cuando esto sucedió, la comunidad que apoyaba las limpiezas, empezó a condenarlas, porque se habían sobrepasado los parámetros establecidos sobre la eliminación de los atracadores. Este duro golpe aumento la

desconfianza y más la indiferencia y la falta de identificación con el barrio, por parte de los habitantes de La Belleza.

Don Antonio, Don Efraín y Don Pedro Pablo, coinciden en que los viejos ya hicieron lo suyo, ahora les toca a los jóvenes, los nuevos habitantes, proseguir esa labor. En su momento colocaron sus corazones, sus sentimientos para ver el barrio crecer, pero hoy les queda muy pocas fuerzas y algunos enemigos, por querer hacer una buena labor.

Es aquí donde concluye la historia contada por sus propios personajes, donde se observa el progreso al que se puede llegar con la unión y el trabajo. Desde mi punto de vista un ejemplo a seguir en una sociedad tan individualista, como la de hoy en día. Es una contrariedad pensar en que entre más somos, menos unidos estamos; parece como si no tuviéramos memoria en cuanto al legado de nuestros antecesores.

¡Cómo es posible que este territorio lleno de un legado de supervivencia a las adversidades naturales, climáticas, a las dificultades de gobernación y hasta a las dificultades de delincuencia común, no reconozca su historia y pueda generar un cambio de actitud. Tal vez es eso, el desconocimiento, la ignorancia a la que estamos sujetos y a veces que ni siquiera tenemos acceso por nuestra falta de canales de información, o tal vez... ¡En fin!, Terminé con más dudas que respuesta con base en lo que hoy podemos observar en nuestra localidad. Así, terminó mi día, ese 23 de febrero, con un poco más de conocimiento histórico del territorio que habito y un crecimiento personal.



Foto: Camilo Ramirez

VILLA JAVIER, “PUEBLO DE DIOS”

Alison Carranza Quintero¹³

Ella se mira al espejo y se detiene por algunos detalles del peinado, se asegura de que este “presentable”. Las canas ya son cotidianas, igual que las arrugas. Nunca le gustó mucho el maquillaje ni aún después de su salida de las Marías, cuando decidió casarse con un joven que conoció en 1948 en la sede Chapinero del Círculo de Obreros. Se pone una falda color crema, que le llega hasta debajo de las rodillas, una camisa blanca y un saco de lana que ella tejió. Van a preguntarle sobre su vida, contará que nació en el mismo año que el Círculo de Obreros, 1911; nos dirá como llegó a la Granja Santa Teresa donde ingresó a las marías y de su vida entre ellas.

Ahora entra a la cocina y termina de rayar la cáscara de naranja para las panelitas: “Se toman dos y media libras de panela blanca, dos puchas de leche y un pocillo de arroz, canela y clavo en polvo o rayado de limón”. Una receta de 1923.

¹³ Ocupó el Décimo puesto bajo el Seudónimo: Doña Mesurada. Profesional en Comunicación Social y Periodismo. Para su carrera han sido fundamentales sus vivencias en Barcelona, España. Además de la escritura, otra de sus pasiones es la fotografía.

Cuando yo tenía quince años – Nos cuenta Rosario – Mi mamá era amiga de los padres carmelitas, ellos nos decían que habían que tener mucho cuidado para favorecerse uno de los hombres. Yo no sé si será en todo Boyacá, o sólo en ese rinconcito, pero se hablaba mucho de la pureza, la pureza de los jóvenes: que eso a los hombres no les gustaba recibir una esposa que ya le hubiera sucedido algo. También había mucha persecución, los muchachos eran fregados, los hombres eran a agarrarse de las muchachas a la fuerza por ahí, y entonces para evitar esas cosas yo dije, *me voy a ir para donde Carmen, mi hermana*. Ella había llegado a la obra del padre Campoamor antes que yo, y decidí irme para allá. Mi hermana supo de la obra por los padres carmelitas que dijeron que acá en Bogotá había una obra llamada la granja agrícola Santa Teresa, que era en San Cristóbal, que era parroquia de los padres carmelitas. Eso sería por allá en mil novecientos veintipico.

Uno de mis oficios era ir a hacer mercado a la plaza que quedaba en la novena sur con décima, y no me gustaba. Yo era chiquitona; eso era todo apretado para moverse. Esa plaza era muy pequeña y ahí me tocó sufrir mucho ¡ay!, ¿Y sabe por qué? Porque los hombres eran muy atrevidos; lo agarraban a uno muy mal, ¡lo agarraban a uno lo más de horrible! Yo me moría de rabia.

En las épocas del padre Campoamor – continúa Rosario – Bogotá era muy bonito por unas partes, por ejemplo lo de la seguridad, uno salía a la calle y no lo robaban tan fácil. Nosotras nos veníamos como a las cuatro de la mañana de la granja Santa Teresa, y pasábamos a llegar a Monserrate a las seis, y nadie nos hacía nada. Cada uno de los obreros

llevaba su poquito de leña, otros el chocolate, otros las ollas, otros el pan, y ellos hacían el desayuno y mientras tanto nosotras asistíamos a la misa. Cuando salíamos le daban a uno una buena taza de chocolate, un pedazo de queso, un buen pan, y hay mismo nos daban un buen pedazo de panela para comer, por el frío, si queríamos.

En el campo no había esa facilidad de bailar o charlar con un señor, así sin que estuviera bien arrimado a uno – prosiguió Rosario después de ofrecernos un jugo y un pedazo de torta– Aquí bailaba uno, pero era un baile suelto. Uno bailaba con los hombres de Villa Javier en un sitio grande que tenía eucaliptos y hasta unos buenos trozos de palos donde se podía sentar uno. El padre ahí presenciando, conversando con los demás señores, la que quisiera bailar, bailaba. Después el padre decía *bueno, se acabó, y se acabó*; inmediatamente la visita.

- ¿Y no habían mujeres, que hicieran pilatunas con los novios a escondidas? – preguntó Pablo.
- No. Pues parece que no, parece que no – dijo en voz baja Rosario pensativa luego de una pausa – Había control.

El padre hablaba mucho sobre eso, que le gustaban los matrimonios bien, que los jóvenes fueran bien, que no hubiera reclamos después del matrimonio, en fin, él hablaba tan claro que eso como que se le entraba y se le quedaba a uno.

- ¿Es decir que el que daba el consentimiento era el padre?

- ¿Le pedían permiso al padre los novios?
- Sí... algo por cartas, o algo de eso, ya después el hombre le decía *padre yo quiero hablar con fulana de tal*, y el padre inmediatamente le decía, porque es que a él le gustaban mucho los matrimonios. Le gustaban mucho que la gente se casara y que formaran hogares buenos.
- ¿Y cómo se declaraba la gente en esa época?
- Como en esa vez todo era distinto... los hombres le decía a uno era *señorita fulana*, le decían al padre, *yo quiero hablar con la señorita fulana* y el padre decía *bueno, por supuesto*. Claro que si se trataba de un hombre más o menos regular, porque si era alguien así como de mala, pues tampoco; él decía: *no, yo no soy el padre*; él iba como quien dice, a la altura. Él no admitía a esa gente ni a policías.
- En esa época la policía tenía mala fama, y al padre no le gustaba que fueran novios y ni siquiera amigos de las Marías.
- ¿Y no sabe por qué?, ¿qué razón tendría?
- Yo no sé qué razón tendría – continuo Rosario – pero pienso que era porque ellos eran muy sirvientes; les gustaban mucho las sirvientas, y como el padre decía que nosotras teníamos que ser obreras.

La conversación con Rosario se extendió por horas, relatándonos más detalles de su vida, dándonos una visión de cómo se vivía en aquellas épocas y de la posición de las mujeres en el hogar y en la sociedad. Se hace realidad aquí aquella división – que tanto critican las feministas y las

perspectivas de género – donde la mujer se encuentra en una espacialidad privada y existe una espacialidad pública para el hombre.

Esto es herencia de una historia llena de costumbres religiosas, donde el padre es quien tiene la vocería de lo que es correcto e incorrecto, pero principalmente para la gente que forjó este territorio. La gran mayoría de los habitantes de la localidad son de origen campesino o descendientes de campesinos inmigrantes a la ciudad, sobre todo de Boyacá, Cundinamarca y Santander. Frente a la religión Católica los campesinos se mostraban sumisos, devotos y muy creyentes. La relación con la Iglesia estaba fundada en el temor y el miedo a la condena eterna; un hábito fuertemente establecido. La sumisión y la pasividad se habían convertido en estrategias de supervivencia que los mismos campesinos inculcaban a sus hijos, cosa que aún siguen haciendo en gran parte de las regiones cundiboyacenses.

Lo anterior nos hace pensar que había un conjunto de creencias y convicciones que el Padre Campoamor aprovechó para moldear y reforzar su proyecto. Es posible que se hiciera por creer que ellos poseían cierta docilidad, obediencia y pureza que ya no tenían los obreros de la ciudad, y para lograr su propósito, se buscó la “materia prima” entre los campesinos que forjaron este territorio. Sin duda, la sumisión y una supuesta pureza, mezclada con la subestimación tradicional – con respecto a su “ignorancia” por ejemplo –, hizo de los campesinos migrantes a la ciudad, el objetivo primordial de

Campoamor en la búsqueda de una población ideal para su
"Pueblo de Dios".

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de mayo de 2015, en los talleres de
ofegraphic SAS. En letra Times New Roman,
tamaño 11, con un tiraje de 500 ejemplares,
bajo la coordinación editorial Zutana
Ediciones, Sello Editorial de la Asociación de
Artes Escénicas Kábala Teatro, calle 11 sur
No. 5-56

Bogotá, D.C. Colombia